

# **EL PROBLEMA DEL PODER DESDE LAS PERSPECTIVAS DE LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA.**

**José Antonio Soto Rodríguez**

**Master en Pensamiento Filosófico Latinoamericano**

**Profesor Titular**

**Universidad de Oriente**

**Cuba**

Analizar las diferentes proyecciones sobre el poder desde las perspectivas del pensamiento de izquierda latinoamericano exige la determinación de principios metodológicos que permitan valorar con objetividad los alcances y limitaciones de cada una de las propuestas, ante sus respectivos contextos históricos.

El estudio del problema del poder requiere examinar las concepciones de los representantes más destacados en la valoración teórico política del asunto que inciden con mayor fuerza en el pensamiento de izquierda latinoamericano desde el triunfo de la Revolución Cubana hasta la actualidad, desde los clásicos de la Ilustración. Un lugar particular merecen las concepciones de los pensadores y clásicos del marxismo.

Los estudios acerca del poder desarrollados por las diferentes fuerzas de izquierda han sido influenciados por las aportaciones de diferentes pensadores europeos <sup>1</sup> desde Hoobes, Locke, Rousseau, Montesquieu, Hegel, Marx, Lenin, Gramsci hasta los filósofos más recientes como Max Weber, Norberto Bobbio, Michelangelo Bovero y Foucault. Los aportes de estos autores están dados en la propuesta de un poder que refleja las ansias de libertad, justicia social, libre desarrollo de las aspiraciones individuales y sociales de la ciudadanía, que resuelva los problemas entre Estado y sociedad civil y que practique un paradigma de gobernabilidad alejado del estigma del autoritarismo.

Obras de gran significación han incidido en la teoría sobre el poder asumida por la izquierda latinoamericana. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* de José Carlos Mariátegui,<sup>2</sup> es uno de los estudios pioneros más originales sobre el Estado como fenómeno que refleja los vínculos de la sociedad civil y las clases y *La herencia de Carranza* de Luis Cabrera <sup>3</sup> es un estudio de la experiencia de la revolución mexicana en el que se valora la importancia política del Estado – Nación desde el punto de vista que potencie la independencia política, económica, cultural y militar frente al imperialismo. Toda teoría del poder que represente los intereses genuinos latinoamericanos hace valer el derecho a la soberanía y al desarrollo.

En el pensamiento marxista de las décadas sesenta y setenta <sup>4</sup>, retomado en la actualidad, se destacan las influencias de Althusser, Poulantzas, el Che Guevara y Perry Anderson. Sus aportaciones más significativas estuvieron dadas en la crítica al estalinismo, el tener en cuenta la pluralidad de los sujetos sociales en la construcción de un nuevo poder revolucionario, considerar las mediaciones políticas en la búsqueda de consensos de los variados sujetos que luchan por el cambio, la búsqueda de solución a problemas que se corresponden con los países de la periferia y no con las concepciones basadas en los países desarrollados. Estos estudiosos ponen el acento en un Estado menos autoritario y basado en el reciclaje con la Sociedad Civil, por lo que hacen valer, en mayor medida, la teoría de la hegemonía de Gramsci. <sup>5</sup>

Estas teorizaciones tributan concepciones sobre el poder menos autoritarias, aunque todavía propensas a pensar en términos de modelos, que venían de un mundo metropolitano para el que la historia del colonialismo y el neocolonialismo ocupaba un lugar secundario y donde la revolución como liberación, o la política como hegemonía y liberación, no eran el eje ordenador del pensamiento. De tal manera el enriquecimiento del marxismo con el pensamiento crítico se vio limitado por los esquemas y la rica historia del Estado latinoamericano como proceso de conquista, de mediaciones y liberaciones, por lo que fue generalmente reducida a formas ideales y estructurales.

Otra de las teorías sobre el poder que influyó en las corrientes de la izquierda latinoamericana de los setenta fue la corriente dependentista que, unas veces con lenguaje cepalino y en otras influida por lecturas marxista leninistas de corte soviético, tendió a aislar el campo de la dependencia económica respecto del Estado – nación, y a ambos respecto a los sistemas políticos. Esta teoría puso el énfasis en fenómenos como la relación de intercambio, la dependencia tecnológica y el modo de producción capitalista, mientras descuidó las relaciones entre esta situación y las luchas de clases, entre el poder y las políticas con sus contradicciones y mediaciones, critica el análisis histórico del movimiento de las clases, de las etnias, los bloques de poder dominantes y emergentes, los sistemas político sociales y los Estados.

Estos estudios se encerraron en una concepción de la revolución con un sentido muy economicista y no analizaron los vínculos entre el Estado – nación y la sociedad civil, con los sistemas políticos y sus mediaciones, por tanto sus concepciones sobre el Estado nacieron limitadas por el copismo de las versiones teóricas del marxismo oficial soviético. Hay dos autores que representan lo señalado anteriormente: Andrés Gunder Frank, con su obra *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* y Celso Furtado, con su obra *Breve historia económica de América Latina*.<sup>6</sup>

En América Latina después que ocurre el derrumbe del socialismo eurosoviético, los estudios sobre el poder se orientan hacia una explicación más coherente del fenómeno del neoliberalismo y a caracterizar

al Estado transnacional. En este sentido los trabajos de Guillermo O' Donnell <sup>7</sup> sobre el Estado burocrático autoritario, el capital transnacional, la burguesía local y el aparato estatal constituyen una nueva línea de investigación sobre el poder que busca las raíces del Estado en la sociedad civil, que es la que define su carácter.

A partir del primer lustro del siglo XXI los estudios sobre el poder desde la visión de la izquierda latinoamericana han producido un pensamiento democrático y revolucionario que lucha por comprender y activar las mediaciones formales e informales <sup>8</sup> de un bloque de poder alternativo y emergente y valora el papel de la democracia en el poder popular y el rol participativo de las masas en el proyecto revolucionario. En consecuencia la democracia en las concepciones de los estados democrático populares constituye una visión revolucionaria que supera el modelo autoritario y burocrático heredado del estalinismo.

Entre los estudios sobre el Estado transnacional – asociado y sus bloques de poder están los de James Petras en *Clases, Estado y poder en el tercer Mundo* <sup>9</sup> y más recientemente *Imperio contra resistencia* <sup>10</sup>, en los que se refiere a la izquierda latinoamericana, sus proyecciones en torno al poder y los desafíos presentes. Asimismo el de Rene Arnauld Dreifuss, autor de *Capitalismo internacional. Estrategia y táctica del empresariado transnacional* <sup>11</sup> en el que hace un análisis detallado de la influencia del proceso globalizador para las economías, los Estados, la cultura y el ideal de soberanía en América Latina, cuestiones que es necesario defender con un proyecto alternativo de poder democrático, popular y antiimperialista.

En lo que se refiere al Estado y la revolución en América Latina hoy, uno de los ensayos más rico y revelador de nuevos planteamientos teóricos sobre los movimientos sociales y revolucionarios es el de Roger Burbach y Orlando Núñez titulado *Democracia y revolución en las Américas* <sup>12</sup>. El ensayo representa el legado de la revolución centroamericana, en particular el saldo de la revolución nicaragüense, sus logros y las limitaciones del sandinismo como izquierda en el poder.

También debe destacarse el libro coordinado por Pablo González Casanova *El estado en América Latina. Teoría y práctica*, en el que aparecen estudios sobre las posiciones teóricas de la izquierda en torno al poder en las diferentes etapas históricas. Entre estos estudios sobresale “La teoría del Estado y la crisis mundial” <sup>13</sup>, en el que González Casanova analiza las particularidades del estado neoliberal que se fundamenta en la teoría del Estado mínimo muy vinculado a la teoría imperialista norteamericana de la seguridad nacional. La teoría del Estado mínimo surge desde la época de Reagan y está actualmente muy desacreditada por la pérdida de prestigio del modelo y por su disfuncionalidad. Otro de los momentos importantes en el ensayo corresponde al análisis del estado socialdemócrata, el que intenta

una vuelta al modelo keynesiano y se plantea una reestructuración de la propiedad pública y social limitando las privatizaciones. Este autor defiende el estado democrático, popular y antiimperialista que desde la izquierda en el poder lleve a cabo la revolución que necesitan hoy los pueblos latinoamericanos como alternativa al capitalismo y a su modelo neoliberal.

Partiendo del análisis de los principales momentos de las concepciones sobre el poder que influyen en el pensamiento de izquierda latinoamericano en el período histórico establecido y cómo estas son asumidas por el mismo, se hace necesario precisar los principios de la periodización en que se fundamenta esta investigación que abarca el período histórico desde el triunfo de la Revolución Cubana hasta la llegada al poder de la izquierda en Venezuela y Brasil en la actualidad. Ellos son los siguientes:

- **El condicionamiento histórico social**, el cual comprende tres momentos fundamentales: el sistema de dominación imperante a nivel internacional con sus rasgos en las distintas regiones del mundo y la correlación de fuerza en cada etapa; las condiciones particulares de dominación y la conflictividad a nivel nacional y las condiciones particulares de dominación y la conflictividad a nivel regional.
- **El grado de madurez de la conciencia política y sociocultural en las masas oprimidas** para comprender las esencias de sus contextos económico, político, social y sociocultural; es decir, las exigencias de las épocas históricas y cómo se proyectan las masas frente a ellas. Esto se refiere al grado de disposición que tienen para las luchas emancipatorias.
- **La naturaleza de las concepciones en torno al poder que se dan a nivel internacional** y cómo estas son asumidas y reinterpretadas en América Latina por el pensamiento de las distintas fuerzas de izquierda. Ello determina el alcance conceptual de sus proyectos emancipatorios en respuesta a las condiciones histórico sociales y a las exigencias de los cambios en los órdenes económico, político, social y cultural.

Estos fundamentos metodológicos determinan los dos momentos claves en que se desenvuelve el objeto de investigación. Ellos son la Revolución Cubana y el derrumbe del socialismo en Europa del Este porque significaron un viraje en la correlación de fuerzas en el mundo, y en América Latina en particular; asimismo por el impacto que tuvieron en las concepciones del pensamiento de la izquierda latinoamericana en la fundamentación y desarrollo de sus paradigmas emancipatorios para subvertir las condiciones históricas con nuevas tácticas y estrategias para sus ideales de emancipación.

El proceso cubano fue un giro revolucionario de las proyecciones del pensamiento de izquierda latinoamericano, expresó la ruptura con la izquierda reformista y dogmática que siguiendo las tradiciones de pensamiento emanadas de la III Internacional no se ajustaban a los cambios de la época histórica, de la correlación de fuerzas a nivel mundial, de mentalidad en la búsqueda de un paradigma emancipatorio

más ajustado a nuestras realidades y al sistema de dominación del capitalismo a nivel internacional y regional.

La Revolución Cubana significó un hecho trascendente para las concepciones emancipatorias y las proyecciones teórico prácticas del pensamiento de izquierda latinoamericano en torno al poder, porque ella demostró la viabilidad de la revolución a través de las estrategias y tácticas a lo ancho y a lo profundo, de los métodos de lucha, de la unidad y la radicalización del proyecto de transformación de la sociedad.

Con la Revolución Cubana la lucha de clases latinoamericana pasó bruscamente a un nivel superior, para el cual las clases explotadas y sus vanguardias no estaban preparadas, porque demostró fehacientemente que la diversidad de sujetos en la lucha emancipatoria brota de las necesidades de nuestro Continente, por otro lado demostró que la fuerza dirigente no estaba predestinada en los partidos comunistas, sino en aquella fuerza que por su visión acertada fuera capaz de diseñar una estrategia hacia el poder y desde él cumplimentar el programa revolucionario.

En el terreno teórico como consecuencia de su triunfo, Cuba rehabilita el genuino marxismo latinoamericano, heredero de Mella, Mariátegui, Recabarren, Aníbal Ponce y otros pensadores consecuentes ante nuestras realidades y complejidades regionales, capaz de asimilar las experiencias nacionales de América Latina y de convertirse en un nuevo centro de elaboración revolucionario de acuerdo con sus propias condiciones. Cuba demuestra con su Revolución que esta tarea continúa siendo una asignatura pendiente en el Continente.

En el plano político, el triunfo de la Revolución Cubana tiende a organizar y unificar las diversas tendencias de la burguesía en un solo frente contrarrevolucionario y la política del imperialismo aprendió de la experiencia cubana para hacer abortar con sus tácticas y estrategias fascistas todo intento revolucionario, lo evidencia la militarización del Continente y la preparación de los ejércitos latinoamericanos en la contrainsurgencia, en la política La Alianza para el Progreso junto con la del Gran Garrote, implantación de dictaduras sangrientas y en lo psicosocial la tarea es llenar de terror a las masas y paralizar su movilización hacia la revolución. La Revolución Cubana demostró la relación dialéctica de dos momentos claves para la realización de la revolución: una etapa democrática, popular y antimperialista y la otra la construcción de la sociedad socialista, cuando las condiciones lo permitan.<sup>14</sup>

El otro momento histórico importante en el estudio del pensamiento de izquierda latinoamericano es el del derrumbe del modelo de socialismo en Europa del Este, que significó un acontecimiento que sacudió

los cimientos de las proyecciones emancipatorias de la izquierda a nivel mundial y latinoamericana en particular, porque fue la pérdida del referente de socialismo que desde el poder construía la izquierda como paradigma.

El socialismo es una alternativa histórica al capitalismo y como proyecto emancipatorio no sólo toma en cuenta a las clases vinculadas al sistema capitalista, sino a todos los sujetos que están imbricados y subordinados a su lógica de explotación. Este aspecto no pudo ser tratado por Marx y Engels con el tiempo y la profundidad que el problema exige. La experiencia soviética puso al orden del día este problema en la teoría y la práctica del marxismo en la actualidad.<sup>15</sup>

El marxismo soviético, el marxismo occidental, el maoísmo, el althusserianismo y la filosofía de la praxis son formas peculiares del marxismo que no se identificaron totalmente con el pensamiento de Marx, Engels y Lenin. En la práctica se constituyeron en sistemas doctrinarios que por su dogmatismo en la manera de concebir la economía, la política, el desarrollo social y sociocultural negaban la dialéctica del método del marxismo auténtico. Uno de sus errores o desviaciones fue la pretensión de imponerse como verdad absoluta por sobre los demás teorías.

El derrumbe dejó como experiencia la necesidad de la renovación teórica del marxismo desde una perspectiva latinoamericanista y del análisis histórico concreto de la lucha de clases en el Continente a través de la dialéctica de las más variadas formas de lucha que no tenían, ni tienen hoy su referente en una concepción puramente clasista por razones de diversidad paradigmática y de participación de un sinnúmero de sujetos en las luchas actuales contra el neoliberalismo a favor de la construcción de una sociedad más justa y equitativa. Sobre todo ha cobrado fuerzas el ideal democrático de edificar un poder fundamentado en la participación y la movilización de los sujetos populares, como preparación previa a la toma del poder del Estado. En tal dirección la concepción gramsciana de hegemonía se ha retomado en las concepciones del poder de la izquierda en la región. De ahí se deriva la trascendencia de este hecho histórico para las concepciones emancipatorias de la izquierda desde 1991 hasta la actualidad.<sup>16</sup>

La caída del modelo socialista eurosoviético trajo consecuencias trascendentales para las proyecciones teórico prácticas en torno al poder de la izquierda latinoamericana, ello determinó, en gran medida, las tendencias, los alcances y la viabilidad de sus proyectos emancipatorios en el contexto del neoliberalismo en la región con sus secuelas en el ejercicio de la dominación.

Tales fundamentos metodológicos de la periodización escogida hacen necesario argumentar conceptualmente la importancia de la problemática del poder como aspecto central para viabilizar los paradigmas emancipatorios de la izquierda, ya que según la concepción que predomine se determinan las direcciones en su carácter y sus alcances, ya sean reformistas o revolucionarias.

El problema del poder es uno de los aspectos medulares en el estudio de las posiciones teóricas y prácticas, que con respecto al proyecto democrático popular se ha debatido permanentemente por parte del pensamiento de izquierda latinoamericana. Cuando nos referimos al poder se tienen que considerar sus dimensiones como espacio y quehacer emancipatorio. Una de estas dimensiones es concebirlo como poder político del Estado, en tal sentido se asume como una relación de dominación de unas clases, grupos y sectores sociales por otros. Son las posibilidades de ejecutar un proyecto político que implica un determinado nivel de actuación en los órdenes económico, político, cultural, científico, tecnológico e ideológico cuyos alcances estarán en función de los intereses que detentan el control político de una sociedad dada.

Otra dimensión es el llamado poder desde abajo. Es el poder que se constituye en las relaciones sociales de los sujetos que construyen una alternativa de emancipación frente a la opresión neoliberal, los mismos están en un continuo aprendizaje de sus roles protagónicos como sujetos que edifican su liberación desde la base a través de una práctica y una conciencia creadora de sus potencialidades de participación democrática entre los dirigentes de estos movimientos, las fuerzas de izquierda y los sujetos involucrados.

Las relaciones de poder pertenecen a la esfera política y a la social, en dependencia de las dimensiones ya referidas, por consiguiente se vinculan con las prácticas sociales y son inmanentes a otros tipos de nexos económicos, culturales e ideológicos, recíprocamente son las condiciones y posibilidades internas de tales diferenciaciones. Las relaciones de poder no están constreñidas a la superestructura, ellas actúan al nivel social como promotoras o como barreras del cambio en todas las esferas. En tal sentido ellas provocan que se aceleren o no los estados de crisis y los necesarios cambios sociales.

El poder se revela como el ejercicio social de la fuerza desde innumerables acciones y relaciones sociales de diversa índole y dentro de situaciones estratégicas complejas, caracterizadas por la existencia de una pluralidad de actores y de prácticas sociales que se relacionan de forma dinámica, compleja y contradictoria porque entrañan vínculos de conflicto de intereses, de aspiraciones y las posibilidades de su desenvolvimiento en el contexto de unas relaciones concretas de poder.

En América Latina las diversas proyecciones sobre la problemática de cómo asumir el poder la izquierda ha pasado por diferentes interpretaciones. Anterior al triunfo de la Revolución Cubana las agrupaciones de izquierda de carácter marxista que se proponían la construcción del socialismo postergaban de manera indefinida el tema. Partidos considerados siempre de izquierda, como el comunista, los socialistas, las variantes maoístas y trotskistas no se planteaban el problema del poder. No significa ello que no hablasen sobre el poder, sino que no se lo imponían como una exigencia perentoria a realizar, no

se cuestionaban en los hechos seriamente el poder del capitalismo. Por una u otra razón, la revolución estaba postergada.

Con la victoria de la Revolución Cubana el problema del poder, en cambio, adquirió no sólo actualidad, sino exigencia perentoria para las diversas agrupaciones y partidos de izquierda que se proponían hacer la revolución. Ya no se trataba de una meta lejana, sino cercana. Este acontecimiento provocó que el debate sobre el poder fuera intenso y las concepciones diversas; pero todas, de una u otra manera, se sintetizaran en "la toma del poder". En realidad la expresión pertenece a la teoría que fundamentó los procesos revolucionarios del siglo XX. Toma del poder, asalto al poder y asalto al cielo son expresiones equivalentes.

En las concepciones sobre el poder que se enarbolaron después del triunfo de la Revolución Cubana se consideraba que el poder había que arrebatarlo al enemigo, que había que tomarlo para iniciar los cambios revolucionarios, era un espacio objetivo que permitía derribar las estructuras políticas e institucionales imperantes para instaurar las relaciones sociales y políticas del nuevo poder como representante del pueblo.

La práctica del otrora campo socialista y las causas de su derrumbe tuvieron que ver con esta concepción que enajenó a los sujetos de la construcción práctica de la revolución, la que se fue perdiendo en manos de una burocracia estatal alejada en sus prácticas políticas de los intereses cardinales de las masas populares y de garantizar la satisfacción cada vez más creciente de las necesidades espirituales y materiales del pueblo, el que no se sentía identificado en la práctica con el poder que desde arriba no respondía a sus intereses.

Hoy en América Latina se plantea por parte de una diversidad de movimientos sociales y de fuerzas políticas de izquierda la problemática de construir el poder desde la base del movimiento popular, es decir, construirlo con el rol protagónico de los sujetos en las luchas populares, en el crecimiento de su conciencia y en el desarrollo de la subjetividad revolucionaria. No se concibe que el poder se construya una vez que "se le ha tomado", porque lo que se ha hecho es ocupar el lugar que antes tenían "los otros", es decir, no se rompe la relación señor-siervo, aunque se sostenga que ello constituye una fase para romper la dominación anterior. Crear un nuevo poder popular significa practicar nuevas relaciones sociales, humanas y políticas. Éstas no pueden comenzar cuando se tome el aparato del Estado. Se construyen en el camino del proceso.

*Foucaultt en su Microfísica del poder*, es acertado cuando enfatiza en la importancia de los micropoderes para reafirmar una voluntad del poder para oponerse desde su subjetividad a la opresión, esto es importante, pero no suficiente porque esta concepción en consecuencia no logra romper ni traspasar las paredes que encierran a los micropoderes. No habría otra salida que un juego de poderes y



contrapoderes, o en todo caso un pequeño espacio de liberación en el que se ejerce el poder de la subjetividad personal.

Ello expresa el renunciamiento a construir un poder popular socialmente fortalecido, es decir, a construir una sociedad de mutuo reconocimiento, democrática, en la que el poder se ejerza tendencialmente en forma horizontal. En otras palabras, los micropoderes se encuentran englobados en *megapoderes*. Así como hay que construir los primeros, también hay que construir los segundos. De la microfísica es necesario pasar a la *macrofísica*, no en forma lineal, sino dialéctica. Los pequeños poderes se encuentran englobados en los megapoderes. No hay paso lineal de unos a los otros. Hay que construir un proyecto de poder que enlace dialécticamente el poder desde abajo con el poder desde arriba, entendido como poder del Estado, si no estamos cayendo en una interpretación idealista de la construcción de un poder revolucionario que permita transformar a fondo las estructuras económicas, políticas y socioculturales de explotación por otras que garanticen la justicia social y el protagonismo del pueblo en el desempeño del poder.

Rubén Dri Retruco se sitúa en una concepción objetiva del problema cuando plantea:

**... toda lucha, ya sea barrial, villera, campesina, en las cárceles, en la escuela, en la familia debe conectarse dialécticamente con una lucha más amplia, que tenga como horizonte la *totalidad*. Si ello se pierde de vista, estamos condenados a movernos en un círculo sin salida. Es un magro consuelo o una burla decirles a desocupados que ellos también ejercen poder. Es cierto que ejercen poder, y lo hacen cuando, por ejemplo cortan rutas y obligan al poder político a ceder a determinados reclamos. Pero ese poder es totalmente asimétrico con el poder del gran capital, de las grandes corporaciones.**<sup>17</sup>

En estas concepciones el poder alternativo al neoliberalismo que sustenta un proyecto emancipatorio debe entenderse muy vinculado a las prácticas culturales, es decir, las relaciones de poder son consustanciales a determinadas manifestaciones culturales. Todo poder se erige sobre la base de una sustentación ideológica, que responde a los intereses de determinadas clases, por tanto parte de la cosmovisión de cómo desarrollar el poder como proyecto a realizar, ello implica el fomento de una política que responda a un sistema ideológico como un todo. Ese todo es una concepción amplia cultural que se gesta desde el poder y para responder a él. El poder que se desarrolla o propende al desarrollo de la identidad cultural de un pueblo y a la consolidación de esta, es aquel que se enfrenta a las potencias extranjeras que no reconocen los valores culturales de la nación y tratan de someter culturalmente a los pueblos.

Sin tomar el poder sería imposible llevar a vías de hecho el contenido de los proyectos emancipatorios por parte de las fuerzas de izquierda, particularmente las estrategias de cómo tomarlo, cómo mantenerlo y cómo construirlo en la base del movimiento popular. Por tanto, asumir el poder no es sólo acceder al

gobierno, sino que es un acto más profundo: significa cumplimentar las transformaciones económicas, políticas y sociales que se prevean. Por eso es tan importante acceder al mismo, como mantenerlo.

Algunas fuerzas de izquierda en Latinoamérica niegan la necesidad del poder político, de ese espacio de la totalidad tan importante como la construcción de un poder desde abajo o los llamados micropoderes. Tales planteamientos se sustentan en las concepciones actuales de John Holloway, cuya tesis se fundamenta en la abolición de las relaciones de poder, para este autor tomar el poder del Estado es un asunto o programa político pasado de moda.

Tal teoría se constituye en una nueva forma del socialismo utópico, ya que abogar por la disolución del poder puede ser muy romántico y conmovedor, pero condena a los agentes sociales y, en especial a las clases y capas subordinadas, a una empresa inexorablemente destinada al fracaso, al menos mientras subsista la sociedad capitalista. Y como ésta no va a pasar a la historia como producto de los ruegos e invocaciones a nobilísimos ideales comunitarios, sino como resultado de encarnizadas luchas sociales en las cuales la cuestión del poder asume una centralidad en el tránsito de la vieja a la nueva forma social, la asunción de esta propuesta nos llevaría a la derrota del campo popular.<sup>18</sup>

El poder es una construcción social que se manifiesta en lo que Gramsci llamó “las superestructuras complejas”. La manifestación institucional de la superestructura es el Estado y su gobierno, que remite a una construcción subyacente que la sostiene y le otorga un sentido. Es ésta quien, en una coyuntura determinada, establece una nueva correlación de fuerzas que luego se expresa en el plano del Estado. Sin ese sustento social profundo, invisible a veces, pero siempre imprescindible, el control del Estado que pueda tener una fuerza de izquierda se desvanece.

Lenin<sup>19</sup>, subrayó la importancia de distinguir entre la “toma del poder”, que era un acto eminentemente político por el cual las clases explotadas se apoderaban del Estado y se convertían en nueva clase dominante y la concreción de la revolución, concebida como una empresa fundamentalmente civilizatoria, en la que la nueva correlación de fuerzas favorable a los agentes de la sociedad era ratificada por el control que ellos ejercían sobre el Estado, el entramado institucional y el orden legal.

Antonio Gramsci<sup>20</sup>, por su parte, en múltiples escritos argumentó persuasivamente que la creación de un nuevo bloque histórico que desplazara a la burguesía del poder suponía una doble capacidad de las fuerzas contrahegemónicas, éstas debían ser dirigentes y dominantes a la vez. Las fuerzas insurgentes debían primero ser dirigentes, es decir, ser capaces de ejercer una “dirección intelectual y moral” sobre grandes sectores de la sociedad –esto es, establecer su hegemonía– antes de que pudieran plantearse con alguna posibilidad de éxito la conquista del poder político y la instauración de su dominio. Pero intelectual y moral y dominación política son dos partes inseparables de un mismo y único proceso

revolucionario. Sin embargo, para Holloway el poder se refiere exclusivamente al dominio político, porque no comprende la necesidad de concebirlo, antes que nada, como una cuestión que se arraiga en la sociedad civil y desde la misma se proyecta sobre el plano de las superestructuras políticas.

Esto implica la necesidad insoslayable de un programa escalonado por etapas para la toma del poder. En primer lugar, acumular fuerzas; en segundo lugar, promover el proyecto entre las masas, es decir, hacerlo creíble y lograr un arraigo popular; en tercer lugar, ganar la batalla electoral con toda la carga organizativa que trae consigo; en cuarto lugar, mantener y defender el poder, que solo es posible si se logra un frente amplio de todas las fuerzas, aunque tomando en cuenta que la fuerza principal han de ser los trabajadores para que el proyecto tenga un carácter de profundidad política en los necesarios cambios de estructura económica, política y social y en quinto lugar, cumplir el programa según las circunstancias que se presenten.

Un análisis conceptual metodológico del poder, desde la perspectiva de izquierda, deja establecido que el problema de erigirse en alternativa ante los gobiernos neoliberales, no puede ser sólo entendido como programa económico o político de promesas de transformaciones económico sociales que no llegan a cumplirse, el problema va más allá en sus profundidades tácticas y estratégicas. La alternativa tiene que ser un proyecto de acumulación de fuerzas para constituir el sujeto social, el pueblo, en un sujeto político, en un nuevo bloque histórico de poder para producir las transformaciones necesarias.<sup>21</sup>

El pensador marxista argentino Patricio Echegaray señala:

**Creo que no se puede construir una alternativa de gobierno y de poder, actuando solamente o invirtiendo lo principal del esfuerzo político en el terreno electoral. Por este camino hay experiencias: o se llega al gobierno y la izquierda es captada por políticas de la derecha produciendo enormes frustraciones y decepciones; o se llega al gobierno sin un adecuado andamiaje de poder popular y se intenta producir transformaciones que terminan con derrocamientos por la vía de la fuerza.**<sup>22</sup>

El contenido y alcance de las reformas es crucial para enfocar el problema del poder, según se comprendan el carácter y profundidad de las mismas -si con un sentido de cambio contra el sistema capitalista imperante o con un sentido de paliar los efectos de la crisis estructural que vive hoy la sociedad latinoamericana- se determina si estamos ante posiciones reformistas o revolucionarias. Aunque ambos enfoques sobre el poder se enfrenten a las políticas neoliberales y critican sus métodos y secuelas, el problema está dado en cómo se asume la alternativa.

Es necesario valorar diferentes criterios de la izquierda en las discusiones actuales sobre el poder: el poder desde arriba y desde abajo, es decir, los que conciben la necesidad de tomar el poder político del Estado para la viabilidad del programa emancipatorio a corto y mediano plazos y los que no conciben la

toma del poder y sólo se constriñen al poder entendido como el accionar desde abajo de las organizaciones y movimientos sociales de izquierda. Esto compromete la profundidad del proyecto que se pretende llevar a cabo.

Cuando se aborda el problema del poder como proyecto a seguir se debaten ejes temáticos como el problema del carácter del modelo: autoritario o basado en una concepción democrática en la proyección de la construcción de una sociedad de nuevo tipo. A partir de esta concepción esencialmente democrática de la sociedad se debate el problema de la gobernabilidad como una de las dimensiones principales a tomar en cuenta, es decir, el problema de la eficacia del gobierno y su gestión, lo que compromete el análisis de un problema que debe encarar el nuevo tipo de sociedad: la burocracia y la corrupción.

Correspondientemente Enrique Ayala y Rafael Quintero señalan:

**“Las bases generales sobre las que se asienta el reformismo son varias. Se plantea en primer lugar, como “alternativa de cambio” a los proyectos de la izquierda revolucionaria, cuya plataforma política se considera “superada”. En un discurso muy radical y crítico, a veces utilizando ciertas categorías marxistas, se postula la readecuación del sistema prevaleciente sin que sus elementos esenciales varíen, es decir manteniendo la vigencia del régimen económico y político del capitalismo dependiente”** <sup>23</sup>

En consecuencia el diseño de un proyecto revolucionario a corto, mediano y largo alcances en su progresiva radicalización permitirá, de forma aproximada y basada en los métodos científicos del diagnóstico, tener aseguradas las medidas a tomar en cada caso, garantizando no sólo qué hacer, sino cómo hacerlo de la forma más racional y participativa. Esto equivale a la necesaria radicalización de los procesos emancipatorios de izquierda en el poder, para garantizar de forma gradual la consecución de la revolución y los cambios profundos que en los órdenes económico, político y social permitan en un momento dado llegar a la realización teórica y práctica del socialismo renovado con la aplicación creadora del marxismo.

Determinados sectores de la izquierda revolucionaria en la actualidad se plantean como proyecto la lucha electoral como vía, no como fin. Para ellos la vía es tomar el poder y el fin el proceso complejo de cambios profundos en el orden socioeconómico que garanticen resolver los problemas de las mayorías, planteándose primero, la revolución democrático popular y luego, como una alternativa de más alcance, la construcción de la sociedad socialista en la que la democracia prevalezca.

Algunos mantienen la vía armada como camino y otros desestiman la toma del poder político como poder centralizado, pero en todas estas variantes de lucha el problema de la democracia es un tema central en lo que respecta a la asunción de la actividad creadora y consciente de los sujetos en lucha y en el diseño

de una sociedad más libre, abierta y participativa, con acceso de todos al desarrollo económico y sociocultural.

Pablo González Casanova<sup>24</sup> valora que la democracia no puede entenderse separada de la historia de nuestros pueblos y de sus luchas contra las estructuras de poder, de dominación y de explotación. Cuando pensamos globalmente en ella, estamos tomando partido por recuperar y reinterpretar la historia, sellando un compromiso para eliminar todo vestigio de represión que mutile los derechos de los ciudadanos a defender la utopía de los pobres que luchan incansablemente por satisfacer sus necesidades inmediatas. Para este autor la democracia no es solo una forma de gobierno, sino una continua lucha por eliminar la explotación, por ampliar la participación popular, por garantizar el respeto y la autodeterminación de las personas y por construir una sociedad más justa y plural comprometida con el desarrollo de las mayorías.

La esencia democrática de los proyectos de la izquierda revolucionaria tiene un carácter social ya que sus principales objetivos están encaminados a la erradicación de la pobreza, a una profunda reforma en la educación, a la eficacia productiva y administrativa de las empresas, al conocimiento científico unido a la investigación, a la integración de la mujer y al desarrollo de la identidad nacional basado en la memoria histórica. Pero tales intenciones son inconcebibles sin una cultura de la tolerancia, del respeto al pluralismo religioso, ideológico y cultural a las distintas razas, a los géneros, a las preferencias sexuales, a los espacios laicos, a los pensamientos críticos, a la justicia social y a la soberanía de las naciones y los pueblos.<sup>25</sup>

Estas premisas constituyen la base para que el proyecto sea adoptado por los sujetos involucrados en las luchas políticas y sociales porque se ven en él representados y asegura, por tanto, la participación voluntaria y activa de los mismos en los proyectos políticos emancipatorios que debe desarrollar la izquierda en los respectivos países.

---

<sup>1</sup> En la época moderna se desarrollan las bases filosófico políticas de la teoría del poder que se mantienen hasta hoy, fundamentándose ideas que han mantenido su perdurabilidad: la esencia del mismo, su justificación como derecho y como contrato social, el papel del Estado y sus funciones, el problema que define la teoría burguesa del poder y la división de poderes.

En el escenario teórico latinoamericano se han desarrollado las teorías sobre el poder que la izquierda ha abrazado en sus diferentes contextos históricos. Así tenemos que hasta la posguerra los estudios acerca del poder descansaban en las aportaciones de la filosofía y la lógica jurídica. Los estudios tenían como fuentes principales a los clásicos europeos desde la Ilustración como Rousseau, Montesquieu, Hegel y Marx y entre los filósofos más recientes a Max Weber, Norberto Bobbio, Michelangelo Bovero, Foucault, John Holoway y Tony Negri. La polémica que establece Atilio Borón contra la posición de estos autores constituye aportaciones trascendentes en la defensa

---

de la idea de tomar el poder político por parte de las fuerzas revolucionarias de izquierda en Latinoamérica. John Holway y Tony Negri descalifican la teoría de la toma del poder por parte de la izquierda y lo refieren en sus teorías del antipoder y el contrapoder.

De los clásicos europeos de la Ilustración se toma de Montesquieu, su fundamentación profunda de su teoría sobre el poder político, con el basamento teórico profundo de las relaciones políticas, económicas, de derecho civil, de la constitución del carácter del Estado, de las formas de gobierno y de la división de poderes. En esta obra establece nítidamente su condena al absolutismo francés, a la corrupción administrativa que lo acompaña al postular las bondades del sistema constitucional británico y las teorías de un poder compartido en el que el ejecutivo no lleve las riendas absolutas de control del Estado porque conduce inexorablemente al despotismo y a la peor de las tiranías. Sus ideas de que el poder ejecutivo debía ser limitado por uno superior: el legislativo, que es el que decide las leyes, el que aprueba su aplicación y puede someter a crítica y a condena los desafueros del gobierno central. Como el poder judicial es independiente de los anteriores puede someter a los tribunales los desafueros de estos; de ahí su naturaleza imparcial, fundamento inalienable de este tercer poder.

Este filósofo busca el principio de toda democracia en la virtud política de los gobernantes y del sistema de gobierno implantado, los que deben garantizar la participación amplia de la ciudadanía y encauzar los más disímiles credos filosóficos y políticos. De crucial importancia son sus concepciones referidas a la virtud política, la cual consiste en un profundo amor por la patria, fundamento único del orden democrático. Expresa que la democracia se corrompe cuando desaparece el espíritu de igualdad, que es el que limita la ambición de las élites y de los soberanos corruptos. Su proyección social expresa una preocupación política y una actitud combativa en defensa de los ideales que postulan una transformación social de radicales alcances, por eso es el primero que inicia la carga contra el absolutismo monárquico a través de dos obras fundamentales *Las Cartas Persas* y *El espíritu de las leyes*. De Juan Jacobo Rousseau se recepciona su crítica al despotismo, sus principios del ideal democrático y del liberalismo político los cuales se expresarán en sus concepciones sobre los derechos del hombre y del ciudadano. Estos principios son fuente de inspiración del ideal de justicia, de libertad y de decoro de las luchas emancipatorias latinoamericanas en contra de los desafueros del capitalismo actual.

La obra doctrinal de la teoría filosófica política acerca del poder de Rousseau es *El Contrato Social*. En ella define sus concepciones sobre el Estado, las formas de gobierno, la soberanía popular y critica a los regímenes despóticos y autoritarios. Expone cuáles son las características de un buen gobierno y las cualidades de un buen gobernante.

En esta obra define que lo que hace que el Estado sea uno es la unión de sus miembros y el cumplimiento de sus obligaciones, señala que en esta obligación está la esencia de que un Estado sea despótico o profundamente democrático porque unos ponen, según Rousseau, en la fuerza este fundamento y en la voluntad divina que los refrenda haciendo sagrada e intocable las monarquías, aunque violen los más elementales principios de soberanía popular y de respeto a las libertades públicas. Otro fundamento, diametralmente opuesto, es el de la convención de sus miembros como sustento político de un contrato social por el cual cada uno se compromete hacia todos, y todos hacia cada uno, que debe ser el objeto de la unión.

Rousseau establece como principio importante que la voluntad de todos es la base del orden, la regla suprema. Esta regla general y personificada es la que él llama el soberano representante de la voluntad colectiva, por tanto sus acciones políticas deben ir siempre en correspondencia con los intereses cardinales de la voluntad general. De no cumplirse la regla se rompe el pacto y el soberano debe ser reemplazado por no responder a estos intereses.

---

Aunque Rousseau no concibió la revolución, estas ideas fueron la justificación ideológica más fuerte para luchar contra el despotismo y el absolutismo monárquico en sus diferentes matices políticos e ideológicos.

Plantea que hacen bien los pueblos que se sacuden los yugos y luchan para reivindicar sus derechos. El orden social no puede fundarse en ningún poder divino, los hombres no son dioses, por ello es que son necesarias las convenciones, los acuerdos entre el pueblo y los gobernantes para fijar posiciones que de no cumplirse, no obligan a los pueblos a apoyar despotismos y arbitrariedades. Es este el principio esencial de la democracia aportado por Rousseau y el que justificó la Revolución Francesa ayer y el que justifica la revolución latinoamericana hoy.

En el siglo XIX sobre los fundamentos de las anteriores concepciones del poder, sobre todo de la Ilustración, se erige la Filosofía Clásica Alemana que significó un hito trascendente en el desarrollo teórico del problema abordado por cuanto puso el acento en una problemática hasta el momento no abordada en toda su profundidad sistémica: la consideración dialéctica de la relación del Estado como un todo orgánico y las mediaciones entre el Estado y la sociedad civil, las consideraciones del individuo como sujeto político y la sociedad como un todo como sujeto del poder frente al Estado. Con esta concepción por vez primera la cultura es concebida como un todo orgánico, como eje vital intrínsecamente vinculada a la concepción de la sociedad y del Estado como totalidades orgánicas y dialécticas en su devenir.

De Kant como precursor de la Filosofía Clásica Alemana la recepción va en el sentido de su análisis sobre el problema de la cultura del poder, que está en su obra *Metafísica de las costumbres*, la segunda parte de la misma se refiere a la doctrina del derecho, él da la connotación de derecho humano innato a la libertad, el derecho adquirido, que es por lo tanto derecho privado, define la legitimidad y los límites del derecho público que considera posición de las cosas externas. Esta es en la concepción kantiana del poder, la dimensión del Estado como la comunidad de individuos jurídicamente ordenados, por eso entiende al poder legislativo como la voluntad colectiva del pueblo para que no se cometa injusticia contra ningún ciudadano. Los gobernantes al tener el mandato del pueblo deben garantizar las libertades más amplias y el libre desenvolvimiento de los saberes. Él concibe a la política y a las funciones del gobierno como gran sabiduría y ciencia de la razón universal, consideraba que los gobernantes debían ser los hombres más aptos por su inteligencia y condiciones morales virtuosas ya que eran requisitos indispensables para poder impartir justicia y para desarrollar una política que hiciera progresar a su nación en todos los órdenes.

Kant incluso va más allá y avizora la necesidad que tienen los pueblos de integrarse para trabajar unidos en múltiples esferas. Sobre todo consideraba muy necesaria la perpetua asociación pacífica de todos los pueblos. Este debería ser el hilo conductor que puede y debe orientar a los hombres a través de las vicisitudes de su historia.

Dentro de la Filosofía Clásica Alemana el sistema filosófico de mayores alcances es el de Hegel, no sólo por la racionalidad dialéctica que el mismo entraña, sino por la vastedad de sus alcances para la posteridad por la forma extraordinaria en que juzgó todo el filosofar anterior a él. Abordó de una forma totalmente nueva problemas muy complejos, como son la concepción de la historia y de la cultura como manifestaciones también de una racionalidad absoluta y de la sociedad vista como un todo orgánico en la que el Estado es concebido como una totalidad. Hegel en su sistema fundamentó el dualismo de lo ideal y de lo real, de la libertad y la necesidad, de la positividad. Para él el problema consiste en reconciliar dos términos, en integrar la necesidad en una concepción concreta de la libertad.

A la libertad ilusoria del individualismo pequeño burgués, netamente negativa que es una libertad en el vacío la del individuo que sólo busca conservar su particularidad al margen del Estado, del individuo que no está ligado a

---

ningún valor que lo supere, desvinculado de lo universal. Hegel opone el ideal de una libertad auténtica, la del ciudadano, libertad para respetar las leyes que él mismo se ha dado, de seguir a los magistrados que él mismo ha elegido, de realizar planes en cuya confección, él ha colaborado.

Una idea fundamental del sistema hegeliano es la de la totalidad, la parte no posee su verdad en sí misma en su ser inmediato, sino únicamente en el fin al que se relaciona, al referirse al todo, la parte no se destruye, por el contrario adquiere una realidad muy concreta, una nueva forma de ser: la vida que lo anima no es ya su propia vida, sino la del todo en que participa. Para Hegel la finalidad de la vida y la de la filosofía es realizar ese retorno al todo.

Hegel se inclinará en lo adelante a ver en todo la manifestación de lo absoluto. Para él la función de la filosofía es descubrir la verdad, es decir, su relación con el todo. En su concepción del Estado él parte de concebir el Estado orgánico en el que el todo es anterior a las partes e inmanente a ellas. Cada Estado expresa el espíritu y el destino de un pueblo determinado, es la totalidad más amplia de la historia, cada pueblo y cada Estado son un momento absoluto, un momento de expresión de la vida, un momento de desarrollo de la idea.

Su idealismo está dado en considerar al Estado como voluntad divina, como manifestación de un espíritu absoluto. En tal sentido todo se subordina a él, todo se integra. Los individuos y la sociedad civil, que sin esta no tienen existencia en cuanto tal, son considerados muchedumbre desorganizada, no concibe la democracia popular, el derecho de gobernar es sólo de los elegidos.

La concepción de los clásicos del marxismo sobre el poder de la clase trabajadora en alianza con las demás clases y sectores se centra en las concepciones sobre la dictadura del proletariado, no como dictadura de un partido ni como liderazgo político permanente. Las lecturas tergiversadas de la teoría expuesta y argumentada por ellos llevaron a cometer serios errores en la construcción del socialismo y a torcer la esencia democrática de la teoría de la dictadura del proletariado, llevándola a su negación en la práctica. Es necesario destacar que Marx y Engels siempre puntualizaron que la dictadura del proletariado debía ser un poder colegiado de los obreros en alianza con los campesinos, artesanos, trabajadores de los servicios y los profesionales e intelectuales.

La explicación del desarrollo social a partir de las relaciones materiales, particularmente de las de producción, permitió entender las verdaderas causas del surgimiento del Estado, la política, la lucha de clases, la revolución social, el papel de la sociedad socialista en el desarrollo de la democracia de y para las mayorías, la posibilidad de extinción del Estado y la democracia como forma del mismo para lograr la emancipación humana.

En *La Ideología Alemana*, Marx destaca cómo el surgimiento del Estado se explica a partir de la división social del trabajo y de la división de la sociedad en clases con sus contradicciones irreconciliables. El Estado es definido entonces como “un instrumento de opresión de una clase por otra”, una fuerza “situada por encima de la sociedad” que se “divorcia” más y más de ella.

Estas ideas permitieron a Marx explicar las relaciones entre el Estado y la sociedad civil, partiendo de que la génesis de la actividad política se encuentra en las relaciones materiales de los diferentes sujetos de la sociedad. Marx identificó a la sociedad civil con determinadas formas de constitución social, de organización de la familia, de los estamentos y de las clases a las cuales corresponden cierto Estado político.

El mérito fundamental de Marx consistió en descubrir la genética del Estado, de la sociedad civil y argumentar su dialéctica desde la perspectiva revolucionaria de los intereses de los oprimidos, al mismo tiempo que enriqueció el análisis de esta relación con categorías como la concepción materialista de la historia, modo de producción, etc. De esta manera explicó el carácter transitorio del Estado a través de la categoría Formación Económico Social.



---

Marx y Engels consideran a la política como esfera de actuación de las clases sociales en la tarea de conquistar o mantener el poder. Es por eso que el Estado es concebido como una maquinaria de dominación de una clase sobre otra y es definido como Estado político.

Por ello es importante el conocimiento de la teoría marxista sobre las clases, la lucha de clases y el papel de la clase proletaria en la sociedad capitalista y socialista. En ella el carácter revolucionario de dicha clase, a partir de los problemas que genera el capitalismo en las condiciones que le toca vivir, se asocia al papel que tiene la política para la consecución del programa emancipatorio del proletariado y de las demás clases, sectores y grupos sojuzgados.

Estas tesis generales permitieron profundizar en la crítica a la sociedad burguesa y su democracia representativa. Algunos de los rasgos del funcionamiento democrático de la sociedad los expone Marx al criticar el programa de Gotha por considerar que “sus reivindicaciones políticas no han salido de la vieja letanía democrática: sufragio universal, legislación directa, derecho popular, milicia del pueblo”. Estas ya las consideraba, incluso, realizadas en dicha sociedad.

Esta última idea es importante por cuanto fueron reconocidas también las posibilidades que brindan las libertades democráticas de la sociedad burguesa. Las mismas, se pensaba por Marx y Engels, debían ser aprovechadas por la clase obrera en su acción política, sin desconocer que aún con ellas el Estado político de dicha sociedad debía desaparecer.

Los elementos democráticos de la sociedad burguesa fueron igualmente considerados por Marx como premisas para el surgimiento de una nueva sociedad y pensamiento socialista, instrumento que se vuelve contra el propio Estado burgués, de ello tiene conciencia la misma burguesía

La definición de aspectos importantes en la teoría de Marx y Engels como son: la consideración de la dictadura del proletariado como forma de conquistar la democracia, la caracterización del proletariado en su alianza con otras clases y sectores como sujeto de la transformación social hacia la emancipación, el papel de un partido de vanguardia en la transformación como representante del movimiento social en su conjunto, la futura extinción del Estado y la democracia con la absorción del Estado por la sociedad civil son el resultado de una nueva concepción filosófica sobre la esencia humana. La misma fue aportada en toda la obra de estos pensadores y según ella el hombre es un ser social que se emancipa en un continuo proceso de perfeccionamiento de toda la sociedad y de autoperfeccionamiento dinámico y educativo.

Dicha concepción filosófica sobre la esencia humana presupone una comprensión de la sociedad basada en la propiedad social sobre los medios fundamentales de producción, donde el libre desarrollo de cada uno será condición del libre desenvolvimiento de todos y no una condición de la emancipación individualista. A esta forma de organización y distribución planificada de la propiedad y la producción que tiende a la autogestión no puede corresponderle otra forma de organización y funcionamiento de la sociedad que no sea de participación democrática. El aporte del marxismo clásico a la teoría de la democracia está dado en que ofrece un sistema en el que se complementan los análisis filosófico, económico y socio-político para brindar una visión integral y sistémica del organismo social.

Lenin, continuador de lo aportado por Marx y Engels sobre la teoría del poder, logra sistematizar las concepciones en relación con el Estado, la toma del poder político, los derechos de las masas populares luego de conquistado el mismo, la lucha por hacerlo más participativo y por elevar el nivel de vida de las masas.

---

En el período de transición planteaba que debía dominar la dictadura del proletariado, pero él la concibe como el Estado donde debían decidir y gobernar los obreros en alianza con los trabajadores en defensa de sus intereses. Este era el viraje sustancial de la democracia socialista frente a la burguesa, la que debía responder por entero a las necesidades materiales y espirituales de las grandes mayorías y nunca de una minoría, pues si no se perdía la esencia democrática del socialismo.

En "Las tareas inmediatas del poder soviético" acertadamente puntualiza los rasgos esenciales de la dictadura del proletariado, como dictadura y poder esencialmente de las clases trabajadoras para llevar a cabo las tareas de la revolución frente a los ataques de la burguesía despojada del poder. En tal sentido destaca las siguientes: la dictadura del proletariado es el aplastamiento por la violencia de la resistencia que ofrecen los explotadores, es decir, la minoría ínfima de la población; la dictadura del proletariado es una posibilidad efectiva, real para gozar de las libertades y los derechos democráticos; la dictadura del proletariado garantiza la igualdad de los ciudadanos independientemente de su sexo, religión, raza y nacionalidad; la dictadura del proletariado acerca a las masas trabajadoras al aparato de gobernación. Persigue la unión del poder legislativo y el poder ejecutivo en la organización del Estado y la sustitución de las circunscripciones electorales por entidades de producción, como son las fábricas. La organización del Estado adaptada al papel dirigente del proletariado es capaz de reunir y llevar tras de sí a las capas dispersas y atrasadas de la población trabajadora.

Es importante tener en cuenta que Lenin enfatiza en la necesidad de que durante la transición se necesita al Estado como un aparato especial, para reprimir a la minoría explotadora que ha perdido sus propiedades. Él concibe este Estado como pequeño en cuanto a la cantidad de funcionarios, por consiguiente la burocracia debe estar limitada y garantizarse la participación efectiva de las amplias masas. Este Estado debe responder en los órdenes económico, político y social a estos intereses

Cuando Lenin se refiere a la dictadura del proletariado como concepción se está centrando en una dictadura de las masas populares y no de una minoría de burócratas, conformadora de una aristocracia de nuevo tipo que aparentemente se dice representante de estos intereses, pero lo que hace es vivir al margen de ellos. Edith González Palmira con respecto a la defensa que hace Lenin del ideal democrático del poder proletario, destaca que éste se centra en la posibilidad de que la población participe en la gobernación del país, en la lucha contra la burocracia, en la consolidación de los vínculos del Estado con el pueblo. Todo ello es la "garantía de la consolidación definitiva del socialismo".

Lenin enfatizó en que en el poder participativo popular las masas fueran protagonistas de la política de control, ya que sin éste no concebía la eficacia administrativa por parte del Estado proletario. En tal sentido son principios y tareas esenciales en su definición del control estatal los siguientes: "formación de organizaciones centrales (y locales) con participación de los obreros"; "introducción por ley de la participación sistemática de testigos de extracción proletaria con la participación obligatoria de mujeres"; "realizar inspecciones repentinas por quejas de los ciudadanos; luchar contra las prácticas burocráticas; dictar medidas revolucionarias para luchar contra las arbitrariedades; atención especial para elevar la productividad del trabajo y para aumentar la cantidad de productos, etc".

Las concepciones de Lenin sobre el desempeño de la izquierda ya en el poder resultan de vital importancia por sus preclaras ideas sobre el accionar democrático del Estado socialista como representante genuino de las grandes masas y factor dinamizador de la sociedad civil, sobre el rol de los dirigentes, las instituciones estatales y partidistas

---

como mediadores de la democracia popular. Por estas razones sus concepciones contra la burocracia y por la educación política de las masas para el desempeño efectivo de su ejercicio en el poder popular son trascendentales, sin embargo las mismas no fueron continuadas por la experiencia soviética que llevaron el socialismo al colapso.

La obra de Lenin *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo* conserva una gran importancia teórico metodológica para el análisis del poder desde la perspectiva de la izquierda ya que en ella desarrolla aspectos trascendentales, tales como:

1. alertó sobre el peligro del izquierdismo, es decir, sobre las posiciones extremas que quieren resolver desde el poder todos los problemas de golpe sin tomar en cuenta las condiciones histórico concretas y el grado de preparación de los sujetos involucrados en las luchas emancipatorias.
2. criticó las actitudes dogmáticas y sectarias, las cuales no concebían adecuadamente la complejidad de las relaciones políticas de la izquierda en el poder.

En esta obra Lenin concede especial atención a problemas teóricos, tales como: las regularidades objetivas de la lucha de clases, el factor subjetivo de la revolución y la interrelación entre lo nacional e internacional en los partidos de izquierda. Asimismo exhorta a no copiar ninguna experiencia revolucionaria sin tener en cuenta sus condiciones concretas y las transformaciones sociales en los diferentes países.

Las ideas de Lenin sobre el poder tienen para las fuerzas de izquierda en la actualidad un legado imperecedero ya que señalan con agudeza aspectos como las necesarias alianzas de todas las fuerzas en un frente común contra el imperialismo y la reacción interna, tener en cuenta en el desarrollo de las luchas revolucionarias las condiciones concretas de los sujetos involucrados y de los países donde estos actúan, el respeto a la diversidad cultural de los sujetos, la dialéctica de las condiciones objetivas y subjetivas para llevar a cabo la revolución, tomar el poder y desde este consolidar a la revolución, el antidogmatismo y el desarrollo del ideal democrático. Sin embargo en la actualidad la recepción de estas ideas no tiene la correspondencia con este acervo, la causa de tal situación está dada en la estrechez doctrinaria con que los manuales soviéticos abordaron estas ideas y fundamentalmente por la confusión ideológica que trajo consigo el derrumbe del socialismo y la tergiversación que han sufrido las ideas de este gran pensador revolucionario.

Gramsci, intelectual italiano continuador genuino del marxismo, es totalmente ajeno a la ortodoxia marxista oficial, que se había establecido al final de la década del veinte del siglo pasado, a diferencia de Mariátegui que propone la heterodoxia como movimiento interno y necesario de la ortodoxia.

No es fortuito que la crítica a la ortodoxia emprendida por Gramsci tome cuerpo a través del análisis del manual de Bujarin, *Teoría del materialismo histórico*, en los momentos que Stalin ya dejaba establecido su noción de marxismo leninismo.

*Los cuadernos de la cárcel*, con toda la crítica que han recibido por considerárseles fragmentados, contienen juicios de un agudo calibre sobre un marxismo abierto y creativo. No podemos obviar el hecho de que los mismos eran notas para emprender una obra madura en el futuro.

La teoría de la hegemonía de Gramsci estaba dirigida a elaborar una concepción nueva de la política, en la cual se puede escindir el nexo entre política y Estado constitutivo de la categoría moderna de política. La hegemonía no la entendía como la centralidad absoluta de la clase obrera, sino como la integración de varias fuerzas que van a formar, lo que él llamó, el bloque histórico.

---

Uno de sus méritos mayores fue el de percatarse a tiempo que los cierres categoriales llevaban al fracaso y a mutilar el desarrollo de los procesos revolucionarios, por eso en el concepto de hegemonía hay una revalorización de la teoría marxista sobre el papel de las clases, del Estado, del partido y la interacción dialéctica que se da entre ellos.

Su concepción de la hegemonía va más allá del modo en que se concibió el marxismo leninista staliniano en la década del veinte del pasado siglo. Su visión es superadora, propuso un replanteo complejo que englobaba todas las contradicciones de su época, cuyas soluciones aún no han sido resueltas del todo, ya que se propuso redimensionar lo político con la concepción del Estado nación, le asignaba un papel destacado a la cultura y al carácter desarrollador de la intelectualidad como entidad de relevante importancia en el progreso social.

Lo novedoso de su enfoque acerca de los sujetos nacionales es que no privilegia a la clase obrera como sujeto principal de la revolución, porque el esquema industrialista tal como se planteaba hasta entonces iba a ser superado por el proceso de internacionalización del capital por lo que vastos sectores no obreros: campesinos y trabajadores de los servicios, iban a quedar englobados en el desarrollo capitalista que necesitaba de estos espacios, para su progreso y expansión. Eso obligaba a repensar la idea de la participación de los sujetos en la revolución y a analizar, desde una perspectiva más amplia, la revolución y sus métodos tradicionales y a considerar nuevas vías no armadas, en las que el espacio de la sociedad civil desempeñara un papel más activo. Estas ideas son las que hoy con más fuerza son retomadas por el pensamiento de izquierda en América Latina.

Gramsci juzga el papel del partido y su autoridad política en constante dinámica dialéctica para responder a las clases a las que representa y para adecuarse a las cambiantes situaciones nacionales e internacionales. El mismo debe estructurarse dialécticamente en lo orgánico para no desaparecer, no puede sentirse agotado, porque parece su esencia de vanguardia. Esto debe alejar de las fuerzas dirigentes del partido todo tipo de autoritarismo y centralismo para evitar el culto al jefe.

Critica agudamente el autoritarismo y verticalismo de Stalin y los métodos burocráticos de la otrora Unión Soviética, fue capaz de avizorar el fracaso del modelo de socialismo que se construía, planteando ya la necesidad de la edificación teórica y práctica más dialéctica y democrática del mismo.

En el artículo "Socialismo y Cultura", anterior a *Los cuadernos de la cárcel*, sostiene que la dominación de clase no se puede explicar simplemente a partir de las circunstancias económicas, ni de las posiciones de fuerza, sino que hay que tener en cuenta también como un factor de peso el "contexto cultural" que es el que permite dar reconocimiento y legitimidad al régimen que está en el poder.

Por tanto plantea como tarea necesaria en la preparación de la revolución un intenso trabajo crítico, que permita la elevación del nivel cultural e ideológico de las masas inconformes con el sistema de dominación imperante. Estas ideas del filósofo marxista italiano tienen relación con el concepto de hegemonía, ya que para él la dominación de clases en los tiempos modernos implica una legitimación que la haga perdurable, ya que no sólo se debe garantizar el elemento de fuerza de coerción, sino también la construcción y conservación del consenso.

Es notorio que Gramsci considere al Estado como elemento aglutinador de la dominación de clase, el sustento sobre el cual las clases y grupos luchan por la hegemonía, no es sólo expresión de sus inmediatos intereses de clase, sino también una manifestación ético-política que engloba a todo el cuerpo social.

---

Esto lo lleva a ampliar el concepto marxista de Estado como aquel que además del aparato de Estado y de las fuerzas represivas tome en cuenta la vitalidad de la sociedad civil. Otto Kollscemer ha apuntado, refiriéndose a la teoría de la hegemonía de Gramsci, que es a la vez una reformulación diferenciada de la doctrina marxista de la base y la superestructura, por cuanto Gramsci no considera que la crisis económica conduzca necesariamente a un cambio revolucionario de la dominación de clases existentes. Una posibilidad así se da solamente en el caso de una situación de crisis orgánica en la que se ponen en tela de juicio los valores culturales y la legitimidad de la dominación de los antiguos bloques de poder.

Para Gramsci, superar las antiguas condiciones de producción y formas de dominio depende de que los grupos sociales que compitan, es decir, la clase obrera y sus intelectuales orgánicos, logren expresar en un nuevo bloque histórico, no sólo a la mayoría de la población, sino nuevos criterios de racionalidad social, tanto en sentido productivo, técnico y de la economía en general.

El papel de la sociedad civil lo expresa como un amplio concepto cultural en el que se incluyen las funciones de organismos que él califica de privados, los que hay que diferenciar de las funciones del Estado, en esto se vincula con las concepciones de Marx en sus primeras obras y con Hegel que diferencia en su obra *El Estado y el derecho* las funciones de las organizaciones privadas, de las funciones propiamente del Estado. Pero hay una gran distancia entre Hegel y Gramsci, ya que en el primero la concepción de lo privado se refiere a la propiedad privada, mientras que Marx y Gramsci se refieren a la participación de todos individualmente en la organización de la sociedad.

Esta concepción gramsciana de la sociedad civil toma en cuenta el individuo como un sujeto activo en sus roles sociales. La idea esencial de Gramsci en relación con la sociedad civil gira en torno a la funcionalidad de la misma dada en la organización del consenso, es decir, el sistema parlamentario debe llevar a la práctica en la sociedad la riqueza de las energías públicas y hacer énfasis en la hegemonía permanente de las clases urbanas sobre la totalidad de la población. El consenso tiene un carácter en estas instituciones de perfil moral, pues ocurre voluntariamente de una manera u otra.

Gramsci establece dos niveles de la superestructura. Uno llamado sociedad civil que constituye la totalidad de las instituciones públicas y el otro referido a la sociedad política o el Estado. Al primer nivel le corresponde la función de hegemonía que los grupos dominantes ejercen sobre toda la sociedad y al segundo la función de dominio directo o de mando que se expresa en el Estado y el gobierno jurídico. Para él los intelectuales son los que llevan el peso fundamental en la hegemonía social y en el gobierno político.

Para lograr estos fines, el grupo básico dominante tiene que tener el consenso de las grandes mayorías, el consenso brota espontáneamente y es el resultado del prestigio que el grupo dominante alcanza en el mundo de la producción, con su posición y su función de viabilidad del desarrollo social.

La significación de Antonio Gramsci para el pensamiento de izquierda en América Latina ha sido y es notoria porque ha servido para pensar o repensar viejos y nuevos problemas, una ruptura con un marxismo y con una visión del socialismo que aparecía como fosilizada o por lo menos amenazada de parálisis.

Son acertados los criterios de Néstor García Canclini cuando apunta que la problemática de la hegemonía y la subalternidad gramsciana tienen actualidad. Es evidente en las propias consecuencias del neoliberalismo y de los procesos culturales, económicos y políticos que han llevado a una mayor concentración y monopolización del poder. Los problemas de la centralización y descentralización nos invitan a pensar en Gramsci y la vitalidad de sus concepciones sobre la cultura participativa, la sociedad civil y la hegemonía.

---

Un nuevo pensamiento socialista podrá desarrollarse en la medida en que se resuelvan dos problemas que Gramsci de forma esencial planteó: cómo hacer política socialista cuando se carece de una cultura revolucionaria, autónoma y eficaz, adecuada al estado presente del pensamiento y las exigencias de su perfeccionamiento y cómo elaborar una política socialista cuando falta todavía por desarrollar un proyecto del humanismo socialista que se constituya en la teoría y en la práctica como alternativa a los dilemas que hoy confronta América Latina, atenazada al antihumanismo del capitalismo neoliberal.

Véase de Antonio Gramsci: "Socialismo y Cultura", "Utopía", "La sociedad Civil", en Antonio Gramsci (Antología), p. 14-17, 44-51, 290 - 292; Otto Kallschmer: "Antonio Gramsci o la religión de la modernidad.", en Nueva Sociedad # 115, p. 86; Enzo Falleo: "¿Qué pasó con Gramsci?", en Nueva Sociedad #115, p. 95; Néstor García Canclini: "¿Para qué no nos sirve ya Gramsci?", en Nueva Sociedad #11, p. 103.

En la actualidad se destacan las aportaciones al pensamiento de izquierda latinoamericano sobre la problemática del poder hechas por Max Weber, el cual conceptualiza al mismo como la probabilidad de imponer la voluntad propia contra toda resistencia dentro de una relación social. Distingue "poder" de "dominación" considerando a la segunda como probabilidad de encontrar evidencia a un mandato entre personas. El análisis del poder desde la perspectiva de la dominación vista como capacidad de mando permite distinguir al poder de la autoridad. Enfatiza en que el poder es un sentido de autoridad legitimado, orientado al logro de la obediencia, entendida como control conductual; el poder se centra en el fin instrumental, mientras la autoridad es la aceptación de este fin.

Distinguía tres tipos fundamentales de autoridad: la tradicional, la racional legal y la carismática. En el primer caso las fuentes tradicionales cuando alcanzan rango de ley dan lugar al Derecho consuetudinario. La autoridad tradicional se basa en el principio de la costumbre y suele reflejarse en instituciones políticas con cargos hereditarios. Puesto que quienes ostentan la autoridad están legitimados por la fuerza de la costumbre, los cambios sólo pueden producirse si esa porción de la población lo desea.

El segundo caso está basado en el derecho positivo. Es característico del derecho civil o administrativo. Refleja un complejo reparto de trabajo político administrativo y se basa en el principio de la legalidad, que supone la regulación de las relaciones de autoridad por medio de leyes confeccionadas de forma racional.

El tercer caso (la autoridad carismática) suele ser residual, aquí el dirigente se presenta como guía o representante de las masas y es seguido como un gran protector o padre espiritual, ciegamente. Señala que la autoridad carismática con el tiempo pierde su carisma ante las masas, cuando no trabaja conforme a los intereses de las mayorías y por la prosperidad de su pueblo, entonces pierde legitimidad al tratar de preservar el poder a toda costa, deviniendo en un poder tiránico, oclusivo de la democracia verdadera, un poder donde prevalecerá el egoísmo y la corrupción de las élites.

Otro analista importante del poder es Michel Foucault. Concibe el problema del poder desde una dimensión epistemológica como la de saberes sometidos, en la que quiere hacer valer el derecho de los marginados y excluidos a ser tomados en cuenta, a ser reconocidas sus identidades específicas. Estos saberes sometidos en la actualidad se erigen como una crítica de estos bloques históricos contra el poder capitalista dominante actual y más aún contra el poder del imperialismo norteamericano y su poder unipolar. Luchar por un espacio para ser escuchado, para hacer valer los derechos es ya importante, reitera Foucault, contra los intentos de la reacción internacional de silenciar todas las voces de crítica al sistema. Por eso se pronuncia contra la tiranía de los discursos globalizantes y él convoca a esta actividad genealógica, donde entran en escena los saberes locales,

---

discontinuos, descalificados, no legitimados. Por consiguiente lo que se impone es ordenarlos en nombre del conocimiento verdadero para dirigir la lucha contra los efectos de poder de un discurso considerado científico.

Resultan interesantes las concepciones de Foucault sobre los dispositivos de poder que funcionan a distintos niveles de la sociedad y ahí están expresadas, según nuestro criterio, las debilidades de su teoría genealógica sobre el poder, cuando rechaza que el poder pueda deducirse de la economía. Es cierto que en el análisis del poder no podemos caer en un reduccionismo de tipo económico obviando el terreno de lo político, lo cultural, de las subjetividades en la construcción de un pensamiento, de una ideología que refrenda los intereses de las clases que representan el poder, pero obviar que el fenómeno económico es trascendental es un error de tipo metodológico, si se quiere hacer una valoración objetiva y científica del problema. Marx y Engels han insistido en muchos trabajos teóricos en que la economía desempeña un papel de centralidad, cuando nos referimos a la superestructura de la sociedad, aunque también enfatizaron en el papel importante que desempeñan las ideas para acelerar o retardar los procesos históricos.

Sin embargo Foucault insiste en que el poder no es mantenimiento, ni reproducción de las relaciones económicas, sino una relación de fuerza, es entendido como fuerza represiva contra las concepciones de los dominados, contra sus identidades, es una relación de fuerza contra las clases sojuzgadas. Aunque se coincide con él en que el poder es una relación de fuerza de las clases dominantes contra los dominados en una sociedad determinada, no se comparte lo primero con respecto a las relaciones económicas, porque no se puede obviar que quien le da fuerza a las clases dominantes para representar el poder son las relaciones económicas, además los individuos que detentan el poder son representantes de los grupos poderosos que dominan la economía.

Foucault se niega a aceptar el poder como un contrato tal como lo concibió Juan Jacobo Rousseau, para él más que convenio o mantenimiento de relaciones de producción dadas, él lo concibe en términos de lucha. El poder es la guerra silenciosa de las fuerzas en conflicto, de un lado los que detentan el dominio y del otro los sojuzgados; es guerra silenciosa en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje, en los cuerpos de unos y otros.

Sus concepciones del poder se inscriben dentro del esquema lucha - represión, pero queda todo en un plano gnoseologista y especulativo de las dimensiones coercitivas del poder, sobre todo en lo que entraña al factor subjetivo. Sus aportes valen al destacar la dimensión comunicativa de los saberes oprimidos y la importancia de la proyección política y defensa crítica de sus reconocimientos como sujetos de oposición. Pero no va más allá del análisis crítico de estas realidades, no ofrece salidas a partir de su teoría, ni un programa reivindicativo de tales acontecimientos, ni muchos menos señala caminos y métodos para subvertir los males de la sociedad capitalista actual.

Uno de los tratadistas más destacados sobre el poder en la actualidad lo constituye Norberto Bobbio el cual funda su teoría del poder, al igual que el teórico italiano Michelangelo Bovero, en el poder legítimo y el poder de hecho, esto hace que converjan las concepciones filosófico políticas y las concepciones de la filosofía del derecho ya que ambas sostienen que para que el poder sea válido debe ser justificado. Bajo este enfoque Bobbio afirma que sólo la justificación hace del poder de mandar un derecho y de la obediencia un deber, la justificación transforma una relación de mera fuerza en una relación jurídica

En su obra *El poder y el derecho* publicada en Ginebra en 1981 parte de la idea de que ambos son dos conceptos esenciales de la filosofía política y la filosofía del derecho, respectivamente. Ambas filosofías distinguen el poder legítimo del poder de hecho, la filosofía política estudia al poder, sus particularidades, tendencias y fuerzas

---

contrapuestas y la filosofía del derecho estudia la norma, pero coinciden ambas en que para que el poder sea válido debe ser justificado.

La justificación transforma a una relación de mera fuerza en una relación jurídica, ninguna fuerza puede constituirse en un poder legítimo si no cuenta con el consenso libre de quienes se someten a ella voluntariamente, de ahí que Bobbio declare que el único principio válido de legitimidad del poder político y jurídico es el consenso. La legitimidad del poder la entiende este filósofo como el título del poder, la legalidad es el ejercicio del poder y establece que lo opuesto del poder legítimo es el poder arbitrario. En tal sentido acerca la filosofía política a la filosofía del derecho, ya que para él el proceso de legitimación se identifica cada vez más con el proceso de legalización.

Para su teoría Norberto Bobbio parte de Max Weber y Kelsen por sus fundamentos teóricos, políticos y jurídicos respectivamente. Del primero toma que la formación del Estado moderno se sustenta en el poder racional y legal y que el principio de legitimidad del poder está determinado por el ejercicio de éste en conformidad con las leyes establecidas; del segundo asume las ideas correspondientes a que la construcción del poder se fundamenta en la norma, la que tiene la función de transformar el poder en derecho. Ello implica que si las leyes no son las que regulan las relaciones entre el que manda y los gobernados, el poder no es legítimo porque no se erige sobre el derecho ni las normas morales, por consiguiente es un poder arbitrario.

Sin embargo Bobbio disiente de Kelsen ya que para el primero no solo el poder puede ser legítimo en función de la legalidad, ya que existen otros valores como la libertad, el orden, la justicia y el bienestar que forman parte de su paradigma sobre el poder.

La concepción sobre el poder de Bobbio contiene elementos positivos porque en ella se aprecia un énfasis en el desarrollo de la democracia en el ejercicio del poder y en la legitimización que deben tener los que gobiernan ya sea al ser elegidos o ya desde el poder llevar a cabo una realización consecuente del ideal democrático participativo. Esta idea queda fehacientemente demostrada en su modelo lusnaturalista sobre el poder en el que puntualiza que el Estado y la sociedad civil interactúan orgánicamente a través de la familia.

La mayor debilidad de este autor es que se sitúa en una concepción muy teoricista y abstracta sobre el poder en la que pone el acento en el carácter instrumentalista de éste y de la eficacia del papel del Estado dado por dos elementos esenciales: que esté fundamentado por el derecho y que sea expresión de la voluntad popular.

Estas ideas lo llevan a oponerse a los gobiernos despóticos y autoritarios, pero no profundiza en sus estudios en la esencia del poder que tienen que ver con su comprometimiento socio económico y socio político, ya que sin este no es posible desarrollar un proyecto de poder que resuelva los problemas de justicia social y de libertad a que se refiere Bobbio.

El aporte esencial que se quiere hacer valer de todos estos estudios está dado en la legitimación del poder como reflejo de las aspiraciones de libertad, justicia social, libre desarrollo de las aspiraciones individuales y sociales de la ciudadanía, de los problemas consensuales entre Estado y sociedad civil y la búsqueda de un paradigma de gobernabilidad alejado del estigma del autoritarismo para que responda a los intereses de las grandes mayorías.

<sup>2</sup> Un pensador marxista latinoamericano que desarrolló concepciones trascendentales sobre el poder adaptado a las condiciones de América Latina lo constituye el peruano José Carlos Mariátegui. Su pensamiento fundante, marxista, auténticamente latinoamericano, aporta en sus esencias una concepción, en principio, antidogmática y antiortodoxa. Sus enfoques de la naturaleza de nuestras luchas y de la multivariedad de sujetos participantes en las mismas, del carácter del Estado, del partido, de la lucha por nuestra identidad cultural y del carácter sui generis



---

del marxismo en nuestras tierras constituyen fuente obligada de consulta para el pensamiento de izquierda en la reconstrucción democrática de su paradigma emancipatorio.

El pensamiento humanista de este filósofo es heredero de nuestras mejores tradiciones históricas y de luchas emancipatorias. En tal sentido, aunque no formula explícitamente una teoría sobre la democracia, sí lo hace con el tratamiento a diversos problemas: la naturaleza de la vanguardia política, el rol de los sujetos, el papel de la cultura y la relación dialéctica de lo nacional e internacional.

El Amauta supo distinguir bien dos tipos de actitudes críticas ante el marxismo: la liquidadora y la renovadora y continuadora de la obra. Él se inclinó por la segunda, en consecuencia desarrolló y adaptó el marxismo a las concepciones filosóficas de América Latina y de su Perú natal.

Su crítica estuvo enfilada contra aquellos que entendían la teoría marxista como un modelo a aplicar en América Latina sin tener en cuenta nuestra historia, la concepción crítica de la modernidad y sin integrar dialécticamente el pensamiento marxista a las corrientes filosóficas y políticas de nuestro ámbito, lo que trajo por resultado la negación del carácter objetivo del marxismo desde nuestras propias condiciones, porque la teoría marxista llegaría como ajena a América Latina.

Hay ejes importantes para acceder a su pensamiento fecundo por su carácter renovador. Ellos son: el problema de lo nacional y su conexión con lo universal desde las perspectivas latinoamericanas y el problema del indigenismo, partiendo de ahí se comprenderá la naturaleza del socialismo según las complejidades de la realidad peruana.

Para Mariátegui la solución del problema del indio tiene que ser de carácter social. En este sentido concede gran importancia a la organización política de estos grupos a través de los congresos indígenas, respetando sus formas de organización. Considera que tomarlos en cuenta para los cambios sociales deberá ser una tarea prioritaria del programa del Partido.

La concepción mariáteguiana sobre la problemática del poder, está muy relacionada con su visión de la revolución como liberación plena y no sólo como cancelación de la explotación, sino de las jerarquías sociales y de las categorías de los marginados, dígase raza, etnia, clase, nación, género, sexo, edad, nivel cultural, etc.

Este enfoque lo planteó distinto a la comprensión del materialismo histórico soviético, ya que la concepción de las tareas de la revolución no se define en términos de eliminar las contradicciones de forma rápida y total, Mariátegui no concibe que la revolución pueda resolver todo de golpe. Se resuelven incluso los problemas de manera contradictoria y complicada.

Para él, el poder se encuentra en las organizaciones y movimientos sociales, los cuales son plurales y deben tener capacidad para revocar a los que los representan en el gobierno. Es en la correlación de estas fuerzas democráticas donde se expresa la praxis política y la problemática del poder. Estas ideas proponían un cambio profundo de cosmovisión sobre el ejercicio democrático del poder revolucionario en la sociedad opuesto al totalitarismo.

El Amauta se esforzó mucho por hacer valer lo mejor del pensamiento marxista auténticamente latinoamericano y criticó los estilos sectaristas, oportunistas y reaccionarios que como Haya de la Torre, abandonaron las posiciones del verdadero marxismo, como la abandonan muchos hoy. Su confianza y fe en el paradigma socialista latinoamericano, constituyen una fuente permanente de referencia para aquellos que tienen ante sí la tarea de llevar a vías de hecho el ideal emancipatorio, ajustado a la actualidad y a la magnitud de los problemas actuales de nuestra región.

---

<sup>3</sup> El ensayo de Luis Cabrera *La herencia de Carranza* constituye un análisis trascendente por su crítica a los regímenes dictatoriales en América Latina, en particular al del dictador mexicano Porfirio Díaz, asimismo destaca la relevancia de la revolución y el papel de la nueva constitución en la transformación de las estructuras económicas, políticas y sociales de México. Su obra, aunque no critica a fondo las limitaciones de la Revolución Mexicana, esboza los momentos contradictorios en que se debate la misma, de manera especial el gobierno de Carranza

<sup>4</sup> El pensamiento marxista latinoamericano se ha caracterizado, en lo fundamental, por su participación en el proceso de crecimiento del marxismo a nivel mundial, por tanto ha estado involucrado en las crisis del mismo e incluso ha tenido sus propias crisis, generadas por un desarrollo histórico hasta cierto punto autónomo. Un ejemplo de ello fue la originada entre las concepciones heterodoxas de Mariátegui y Mella frente al pensamiento ortodoxo de algunos luchadores de izquierda en la región que copiaron mecánicamente la doctrina marxista a través de una lectura acrítica de los manuales soviéticos. Además el triunfo de la Revolución Cubana demostró que la revolución era posible sin seguir a pie juntillas las concepciones expuestas en los manuales soviéticos. Aunque en América Latina se han copiado las teorías del marxismo europeo, esto no ha constituido la única y mejor expresión de la producción teórica marxista, ya que también se han dado momentos de desarrollo de un marxismo auténticamente latinoamericano. Una muestra de ello es el desarrollado en México, Perú, Argentina, Venezuela, Colombia y Chile. El escenario académico es el que más privilegiado resulta en el desarrollo del pensamiento marxista en la décadas del sesenta y del setenta, aunque comparte sus espacios con corrientes como el neopositivismo, la filosofía analítica y el existencialismo. Las polémicas que se desatan entre los pensadores marxistas y los de las restantes corrientes enriquecen las aportaciones del marxismo en nuestra región. En las décadas del sesenta y setenta la producción intelectual marxista en la región se destaca por la crítica a la filosofía del Día - Mat y del llamado "socialismo real soviético" al nivel de las universidades y no de los partidos marxistas latinoamericanos que siguieron apegados a las lecturas ortodoxas del marxismo. En la crítica desplegada en los centros universitarios influyen otras variantes y escuelas del marxismo occidental, tal es el caso de la filosofía de Althusser, L. Colletti, K. Korsch y G. Luckács. Es conveniente destacar que los partidos marxistas no solo fueron influenciados por el marxismo soviético, sino también por otras versiones como la trotskista y la maoísta.

En la década del 70 hubo una marcada influencia del marxismo occidental en el latinoamericano, la misma se expresa en la presencia de la filosofía de la praxis occidental en los filósofos latinoamericanos. La aparición de las obras de Adolfo Sánchez Vázquez: *Filosofía de la praxis, Ciencia y revolución* y *El marxismo de Althusser* evidenciaron una postura crítica y propia frente a la filosofía de la praxis occidental, fundamentalmente a la de naturaleza ontologizante y al althusserianismo de carácter estructuralista.

Un aporte esencial de la filosofía latinoamericana de la praxis es superar las lecturas mutiladoras de la obra de Marx, lo que estimuló el espíritu crítico del marxismo hacia aquellas posiciones positivistas y estructuralistas que afectan la unidad conceptual del marxismo. En este sentido es notorio el desarrollo de la filosofía de la praxis en Venezuela en las décadas del sesenta y del setenta del siglo pasado, se destacan José R. Núñez Tenorio y Ludovico Silva por su crítica a las versiones caducas del marxismo, desde la óptica de la recuperación del legado gramsciano.

<sup>5</sup> En las concepciones de Althusser ocupa un lugar central el problema que él denomina los aparatos ideológicos. Él le concede mucho peso a la ideología en la producción de bienes materiales en la conciencia de los sujetos que intervienen en el proceso productivo, los que no sólo se someten a las reglas de la producción, sino también a los aparatos ideológicos creados por los agentes de la represión y de la explotación, por tanto esto permite asegurar el

---

predominio de la clase dominante. Althusser concibe a la escuela, al Estado y a la Iglesia como instituciones que cada una en su fusión específica responde a la ideología dominante.

Un aspecto clave de su estructuralismo marxista, que está bien lejos del espíritu de Marx, es reducirlo todo a una visión economicista y no apreciar consecuentemente las mediaciones del sentido de lo ideológico en el desarrollo social. Lleva a cabo un análisis muy esquemático de la ideología, lo que se refleja en su teoría acerca del Estado. Para Althusser la teoría marxista concibe al Estado como aparato represivo en manos de las clases dominantes para asegurar el pleno poder. El Estado, señala Althusser, es un aparato. Se incluye en esta denominación no sólo al aparato especializado en sentido estricto, cuya existencia y necesidad conocemos a partir de las exigencias de la práctica jurídica: la policía, los tribunales y las prisiones, asimismo por el ejército, que interviene directamente como fuerza represiva de apoyo, la policía y sus cuerpos auxiliares y, por encima de este conjunto, al Jefe de Estado, al Gobierno y la administración.

Él concibe como esquemática la valoración marxista clásica del Estado, es decir, que llegó a los primeros fundamentos y cosmovisiones, él señala que toda teoría no puede dejar de pasar por la etapa de la "teoría" descriptiva, ya que esta es la primera etapa de toda teoría, más si se trata del terreno de las formaciones sociales. Ella nos da los principios esenciales para concebir científicamente al Estado y a todo desarrollo posterior a esta teoría.

Sin embargo Althusser enfatiza que la teoría descriptiva del Estado representa una etapa de la constitución de la teoría que exige a su vez la "superación" de tal etapa. Está claro que si la definición nos provee de medios para identificar y reconocer los hechos de opresión y conectarlos con el Estado concebido como aparato represivo para desarrollar esta teoría descriptiva en teoría a secas, es decir, para comprender mejor los mecanismos del Estado en su funcionamiento, es indispensable, plantea Althusser, agregar algo a la definición clásica del Estado como aparato de dominación.

Para hacer progresar la teoría del Estado hay que tener en cuenta no sólo la distinción entre poder de Estado y aparato de Estado, sino también otra realidad que se manifiesta junto al aparato represivo de Estado, pero que no se confunde con él. Llamaremos a esa realidad por su concepto: los aparatos ideológicos de Estado. Hay una diferencia fundamental entre los mismos y el aparato represivo de Estado, el aparato represivo del Estado funciona mediante la violencia", en tanto que los aparatos ideológicos del Estado funcionan mediante la ideología. Si los AIE "funcionan" masivamente con la ideología como forma predominante, lo que unifica su diversidad es ese mismo funcionamiento, en la medida en que la ideología con la que funcionan, en realidad está siempre unificada, a pesar de su diversidad y sus contradicciones, bajo la ideología dominante, que es la de "la clase dominante". Sería necesario detallar esa diferencia que, sin embargo, no puede enmascarar la realidad de una profunda identidad. Por lo que sabemos, ninguna clase puede tener en sus manos el poder de Estado en forma duradera sin ejercer al mismo tiempo su hegemonía sobre y en los aparatos ideológicos de Estado.

En América Latina tuvo una gran influencia Althusser, fundamentalmente en México en pensadores como Raúl Olmedo, Cesáreo Morales, Alberto Hajar, Carlos Pereira y Enrique González Rojo. Hay que destacar que la influencia althusseriana no es al pie de la letra, sino que tiene sus momentos de crítica a las diferentes etapas por las que atraviesa su obra filosófica.\*\*\*\*\* La cientificista, la etapa autocrítica en las que cayó en un marcado practicismo subordinando los análisis filosóficos a la política. En este sentido se hace necesario consultar de Enrique González Rojo *Para leer a Althusser* y de Raúl Olmedo *El antimétodo: introducción a la filosofía marxista*.

---

De igual modo resulta importante consultar el trabajo de Zaira Rodríguez Ugidos: *El modelo neoalthusseriano de la filosofía marxista en su versión latinoamericana*.

Entre los críticos latinoamericanos más agudos de Althusser están Adolfo Sánchez Vázquez con las obras *Filosofía de la praxis*, *Ciencia y revolución* y *El marxismo de Althusser* y Gabriel Vargas Lozano con las obras *Qué hacer con la filosofía en América Latina* y *Más allá del derrumbe*. Un análisis filosófico de la trascendencia de esta crítica lo encontramos en la tesis doctoral *La filosofía de la praxis en México ante el derrumbe del socialismo soviético (1989-1999)* del peruano Camilo Valqui Cachi, defendida en el año 2001.

A fines de la década del sesenta y durante la del setenta las concepciones de Nicol Poulantzas hicieron época en el escenario del pensamiento marxista de Europa Occidental y han tenido singular repercusión en el pensamiento de izquierda latinoamericano. Sus concepciones marxistas sobre el poder son destacadas por la creatividad con que asume el Estado y el reciclaje de éste con la sociedad civil. Critica las concepciones de la III Internacional, en consecuencia las mecanicistas del marxismo soviético sobre la relación entre la base y superestructura. En tal sentido lo esencial de sus planteamientos teóricos sobre el poder versan acerca de la autonomía relativa del Estado, sin negar su relación directa con los factores económicos, políticos e ideológicos.

El sostén del poder para Poulantzas está dado en la complementación de lo que Gramsci llamó "aparatos ideológicos", estos aparatos represivos tienen un fundamento económico e ideológico que le sirve de apoyo y defensa. Los mismos actúan en correspondencia con el aparato represivo y responden por entero a las clases dominantes.

Consideraba a la lucha política como la principal forma para transformar al Estado y lograr la consolidación del poder de las clases trabajadoras en alianza con las demás clases y sectores de la sociedad, sin menoscabo de nadie. Esta es una visión más democrática del poder.

La necesaria atención del poder popular a los reclamos y exigencias de los elementos diversos de la sociedad civil, en especial a los partidos, agrupaciones y organizaciones de izquierda era un elemento vital en la política a desarrollar de "frente común" del Estado frente a las fuerzas reaccionarias del capital.

Su limitación estuvo en no comprender la adecuada integración de todas las formas de lucha en las jornadas por lograr el poder popular y por mantenerlo. No obstante a estas deficiencias sus concepciones han alcanzado gran arraigo en el pensamiento de la izquierda latinoamericana en la actualidad.

Un pensador marxista de gran trascendencia en la izquierda latinoamericana lo constituye Ernesto Che Guevara. Su análisis en torno al problema del poder de la izquierda se centra en dos dimensiones. La primera de ellas referida a la toma del poder a través de la revolución, como poder tomado por la vía armada a través del enfrentamiento directo contra el poder dominante y teniendo como proyecto la revolución de carácter socialista aunque condicionada a las particularidades propias de la región. Es necesario destacar que el Che no niega la posibilidad de tomar el poder por la vía eleccionaria, es decir, pacífica; pero ubicándonos en su contexto histórico él plantea que la vía de la lucha armada era más factible para garantizar, ya tomado el poder, los necesarios cambios.

La segunda dimensión abordada por el Che en relación con el poder está fundamentada en las tareas de la izquierda revolucionaria ya en posesión del poder, esta es la dimensión de su pensamiento que resulta más importante por las novedades que lo distinguen de la ortodoxia en boga, es decir, de lo planteado por el modelo soviético, ya que el Che es uno de los primeros en darse cuenta de los errores que se estaban cometiendo en el campo socialista y del desequilibrio entre el poder, las necesidades y exigencias de las masas. Se producía por tanto una ruptura entre necesidades, aspiraciones de las masas, grados de desarrollo material y espiritual a

---

alcanzar y los intereses contrarios de una élite burocrática que traicionando la esencia del marxismo erigió un poder por encima del pueblo y a favor de intereses de grupos.

Es necesario enfatizar en la predicción del Che acerca de cómo la desatención de los problemas económicos, políticos y de construcción consciente de las masas generarían enajenación si no se atendía adecuadamente el factor subjetivo, imponiéndose el voluntarismo, la burocracia y los estilos de ordeno y mando que menoscaban la participación y creatividad de las masas trabajadoras, los que podían hacer fracasar al campo socialista.

Por eso en sus escritos tempranos “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana”, “El hombre y el socialismo en Cuba” y “Cuba: ¿Excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?” plantea cómo el camino del poder revolucionario en Cuba no podía estar dictado por petrificados manuales que sólo conducían a la dogmatización de la teoría marxista, sino que la misma tenía que ser enriquecida con la praxis creadora de un proceso revolucionario original, nacido de circunstancias propias de su historia de luchas, del acontecer político latinoamericano y del enfrentamiento permanente con el imperialismo.

El Che insiste en que se abandone la concepción de un marxismo economicista y se ponga el énfasis en un marxismo humanista popular. No es que él descuidara el papel de las condiciones objetivas de la acción humana, es que su humanismo lo lleva por el camino de afirmar que en la etapa de construcción del socialismo el predominio lo tiene el factor subjetivo: la conciencia popular.

La crítica esencial que dirige el Che a los representantes de la visión economicista de construcción del socialismo es la de querer construir el socialismo con los hombres del capitalismo. Esa crítica lanzó señales contra los países del mal llamado socialismo real y la profecía del fracaso de una sociedad que hacia reversible el socialismo por sus métodos antisocialistas que abandonaban la verdadera esencia del marxismo auténtico.

Un aspecto esencial en el que enfatiza el Che es en la consideración del poder de la izquierda revolucionaria y el necesario reciclaje entre los dirigentes y las masas. Tal problemática se condiciona por dos proyecciones claves del poder revolucionario, por un lado someter a criterio del pueblo las políticas trazadas por el Estado y enriquecerlas con la sabiduría popular. Por otro lado exige de los dirigentes del Estado y del Partido ejemplaridad, una integridad absolutas, ser fieles con su conducta a los ideales revolucionarios y los intereses de las masas populares y sobre todas las cosas una gran dosis de humanismo.

Consideraba que el Estado revolucionario tiene que luchar contra la burocracia ya que lleva a deformaciones y conduce en última instancia a la corrupción. Para el Che el centro del socialismo debía estar puesto en el hombre, de ahí el acendrado humanismo de sus concepciones revolucionarias y de su accionar teórico y práctico caracterizado por su antidogmatismo. Enfatizó en que el factor subjetivo en la construcción del socialismo era decisivo para formar una conciencia en las masas que las alejara de la cosificación capitalista, del consumismo y que potenciara el desarrollo pleno y creador de sus capacidades para aportar a la obra colectiva sin menosprecio de sus intereses como persona.

Señaló que el Partido como vanguardia y el Estado debían crear las condiciones para que el individuo desarrollara plenamente sus potencialidades y no se enajenara en el proceso revolucionario. Puntualizó en la necesidad de la conjunción de los estímulos materiales y morales.

El Che fue preclaro al exponer que por ahí están las fisuras que conducen a la crisis de los procesos revolucionarios ya en el poder. En este sentido son premonitorios sus análisis en torno a la preparación teórica de los dirigentes y el profundo conocimiento técnico y científico de la rama que desarrollen para alcanzar el éxito en las estrategias económica, educativa, cultural y el aparato ideológico de la revolución en el poder.

---

La conjunción de los factores reales con las exigencias del presente y las perspectivas del futuro eran para el Che premisas básicas para tomar decisiones la vanguardia política de la Revolución para evitar la falta de objetividad en los análisis, la justificación de las acciones y la manifestación negativa de la demagogia política que tanto daño hace en un proceso revolucionario.

Fernando Martínez Heredia analiza que las reflexiones teóricas del Che descansan sobre bases humanistas y que hacia ese objetivo puso el acento en la aplicación de métodos nuevos. Por eso enfatizó que el poder en todas sus dimensiones exige que la vanguardia sepa guiar con inteligencia, audacia, espíritu de abierta transparencia y con la democracia más plena los difíciles objetivos de dirigir, educar, prefigurar el futuro de la transición socialista, a la vez que ser sensibles, aprender de la base y posibilitar que esta participe cada vez más en el poder. No deja lugar para el mito del partido como falange infalible, la sustitución de la clase revolucionaria por un grupo de poder, ni ideologías de dominación en nombre del socialismo.

La actualidad del pensamiento del Che sobre el poder para la izquierda es que coloca el tema del poder popular en un primer orden, en los momentos históricos presentes en los que el poder imperialista ejerce sólidamente su dominación, por tanto las batallas de la izquierda no pueden limitarse a ejercer presiones o a negociaciones corporativas o reivindicativas que no cuestionen a este poder.

En tiempos en que las luchas populares van tomando contenidos anticapitalistas y se reivindica un nuevo poder popular latinoamericano ejercido sobre la base de la más amplia democracia y heredero de lo mejor de sus tradiciones históricas, la expresión del poder no puede ser burocrática, ni dogmática, ni aferrada a los excesos de centralismo y de autoritarismo en la toma de decisiones, sino un poder que brote de las necesidades y exigencias populares y que trabaje con tesón por la participación real y efectiva al pueblo. Es el poder nacido y renacido en las necesidades, el combate, el deseo y la unidad de todos los agredidos de una u otra manera por el capital. A los movimientos populares se les plantea la necesidad de discutir cómo se defienden los espacios de poder popular que se están construyendo y cómo en algún momento dejan de defenderse para pasar a una contraofensiva para construir, crear, conquistar y recrear un nuevo poder.

Las concepciones del pensador marxista inglés Perry Anderson son trascendentales a partir del fenómeno del derrumbe del socialismo en Europa del Este, con sus análisis criticó el llamado socialismo real soviético, al stalinismo y valora las limitaciones de aquella cosmovisión esclerosada del marxismo, dogmatizada a través de un manualismo bíblico, que mutilaba el espíritu crítico y la creación intelectual.

Es de destacar en este pensador marxista su labor al frente de la "Revista de la Nueva Izquierda" publicada en varios idiomas, entre ellos en español por lo que su influencia ha llegado en Latinoamérica a los círculos de izquierda en sus más disímiles tendencias. Ello se explica por el carácter abierto y profundamente democrático, que tiene una proyección a favor de la revolución, en contra del reformismo y de aquellos que renuncian al paradigma emancipatorio de progresismo social.

Perry Anderson a través de las páginas de esta revista ha llevado a cabo una valoración acertada de las aportaciones del marxismo occidental y su influencia en la izquierda latinoamericana en las décadas del sesenta, setenta y ochenta del siglo XX, a través de las figuras de Antonio Gramsci, Labriola, Althusser, Poulantzas, etc. Se destaca en el análisis los momentos aportativos y limitativos de sus concepciones teóricas y prácticas.

Es notorio el alcance que ha tenido la crítica al neoliberalismo efectuada por Perry Anderson. Se destacan en este sentido sus trabajos "Balance del neoliberalismo: lecciones para la izquierda", publicado en la revista electrónica Viento Sur # 6, donde hace un análisis de las intenciones del desarme ideológico del neoliberalismo para la

---

izquierda, critica las posturas de escepticismo y de derrotismo político con que algunos sectores de izquierda latinoamericanos enfrentaron al neoliberalismo dejando de lado sus concepciones marxistas y socialistas para abrazar, unos, el reformismo que no lleva por el camino de las transformaciones necesarias y, otros, abandonar definitivamente las posiciones de izquierda al transitar hacia la socialdemocracia y la tercera vía.

La influencia marcada de Perry Anderson en las fuerzas de izquierda latinoamericanas ha estado dada en sus concepciones de no subestimar a ninguna fuerza que se proyecte contra el sistema capitalista imperante y valorar con una profundidad teórica destacable la necesidad de que el pensamiento de izquierda rearticule todo lo mejor del marxismo occidental, con las nuevas tendencias del pensamiento de izquierda más actuales, haciendo valer los signos vitales del marxismo que permanecen y trascienden hasta hoy. En este sentido son aportativas sus concepciones en torno al socialismo como paradigma emancipatorio latinoamericano, dejando atrás todas las influencias y modos de actuación del "socialismo realmente existente" y proyectándose por un socialismo de nuevo tipo. En tal sentido son trascendentes sus trabajos: "Modernidad y Revolución", en la Revista *Leviatán* # 16; "Los desafíos para una alternativa socialista", en *Viento Sur* # 4, y más recientemente "El papel de las ideas en la construcción de alternativas" que aparece en el ensayo *Nueva Hegemonía Mundial en Alternativas de cambio y movimientos sociales*.

<sup>6</sup> La obra de Andrés Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, se inscribe dentro de la tendencia desarrollista latinoamericana. El mismo pone énfasis en la transformación estructural de la economía y la sociedad latinoamericana provocada por el crecimiento imperialista. Uno de sus méritos es señalar cómo el subdesarrollo causado por el imperialismo a América Latina allanó el camino a la crisis estructural más profunda. Este ensayo analiza el problema del subdesarrollo estructural a los niveles nacional y local. Está compuesto por varios ensayos escritos en diferentes épocas. El primero de ellos es un estudio histórico sobre el subdesarrollo en Chile, el segundo analiza el problema indígena en América Latina, el tercero está dedicado al desarrollo capitalista del subdesarrollo en Brasil, el cuarto se refiere al mito del feudalismo en la agricultura brasileña y a demostrar su esencia capitalista, el quinto examina el papel de la inversión extranjera en el subdesarrollo y en el endeudamiento creciente latinoamericano. Un déficit de esta obra es que no dedica la atención debida a las transformaciones específicas de la estructura económica y clasista de estos países subdesarrollados como resultado del ascenso del imperialismo. No se refiere a las estrategias y tácticas populares a desarrollar para destruir el sistema capitalista e implantar un sistema que contribuya a eliminar los problemas del subdesarrollo.

El ensayo de Celso Furtado, *Breve historia económica de América Latina*, se enmarca dentro de la corriente cepalista y desarrollista latinoamericana. Se dedica al estudio de las estructuras económicas del Continente desde la época de la colonización europea hasta los tiempos actuales e incluye la experiencia de la Revolución Cubana. El ensayo consta de ocho partes. La primera de ellas está dedicada al período de la conquista hasta la formación de los estados nacionales; la segunda aborda la inserción de América Latina en el sistema capitalista mundial; la tercera se refiere al cuadro de las estructuras tradicionales en América Latina, especial énfasis se hace en las estructuras agrarias, la distribución del salario y los sistemas monetarios y cambiarios; la cuarta parte valora el proceso de industrialización en América Latina, esta parte dedica un espacio importante al análisis de los desequilibrios causados por la problemática de la sustitución de importaciones y la inflación estructural producida por las consecuencias de los déficit productivos y de la balanza de pagos; la séptima y octava partes analizan las relaciones interregionales, el papel del grupo andino y las políticas de reconstrucción estructural. A través de toda la obra se percibe la influencia del estructuralismo y la ausencia de un análisis clasista de la problemática del

---

subdesarrollo ya que enfatiza en lo económico y no en un análisis integrador de lo social, por tanto está ausente el enfoque sociopolítico. De tal manera no ofrece una estrategia de solución a los problemas estructurales de la economía latinoamericana, lo que manifiesta su filiación al reformismo y no a la revolución.

<sup>7</sup> Véase de Guillermo O' Donnell: "El Estado burocrático autoritario", en *Revista Mexicana de Sociología*, p. 1184 y "¿Democracia delegativa?" en *La democracia hoy*, p.11-32.

<sup>8</sup> En los años 60 y 70 el descubrimiento de la sociedad civil tras el Estado y del Estado tras el sistema o régimen político constituyó una problemática significativa en los estudios de la teoría del Estado, desde el punto de vista de la izquierda. Las propias teorizaciones acerca de la caída del gobierno en Chile llevaron a un redescubrimiento del poder como fenómeno que está tras la política y del Estado como conjunto de relaciones que superan a las meramente electorales, parlamentarias y gubernamentales. Lo nuevo radicó en que no se vio al sistema político como independiente del represivo, ni al Estado al margen de su carácter de clase, sino que se consideró en su movimiento histórico muy ligado a las luchas y a los sistemas políticos. Lo nuevo en el pensamiento sobre el poder en los 60, 70 y 80 es el descubrimiento del papel de las mediaciones.

Las mediaciones son las relaciones complejas que se establecen en los órdenes de la subjetividad, de la conciencia y de la capacidad para movilizarse y luchar los actores sociales, como sociedad civil en función de las organizaciones de izquierda para tomar el poder político. Asimismo son las relaciones complejas entre la sociedad civil y el Estado al tomar el poder la izquierda, es decir, son las potencialidades que tiene la sociedad civil para llevar a vías de hecho y radicalizar el proceso revolucionario y las medidas tomadas por el Estado para posibilitar estos objetivos. Es importante descubrir el carácter de las mediaciones: si se trata de relaciones autoritarias, verticalistas, centralistas o de otras que potencien el desarrollo de la democracia participativa.

<sup>9</sup> Véase de James Petras: "Clases, Estado y poder en el tercer mundo, con estudios de casos de América Latina", en *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*. México, Editores Siglo XXI y Universidad de las Naciones Unidas, 1990.

<sup>10</sup> Véase de James Petras: *Imperio contra resistencia*. La Habana, Casa Editorial Abril, 2004.

<sup>11</sup> Rene Arnauld Dreifuss: "Capitalismo internacional. Estrategia y táctica del empresariado transnacional", en *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*. México, Editores Siglo XXI y Universidad de las Naciones Unidas, 1990.

<sup>12</sup> Véase de Roger Burbach y Orlando Núñez: *Democracia y revolución en las Américas*. México, Editores Siglo XXI, 1986.

<sup>13</sup> Pablo González Casanova: "La teoría del estado y la crisis mundial", en *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*. México, Editores Siglo XXI y Universidad de las Naciones Unidas, 1990.

<sup>14</sup> Véase los trabajos de Régis Debray: "América Latina: algunos problemas de estrategia revolucionaria", en revista Casa de las Américas, número especial, julio de 1970; Rodney Arismendi: *Problemas de una revolución continental*. Uruguay, Ediciones Pueblos Unidos, 1962; James Petras: *Imperio contra resistencia*. La Habana, Casa Editorial Abril, 2004; Luis Arce Borja: "Revolución o reformismo" (primera parte), en revista Rebelión, 23 de septiembre de 2003, <http://www.rebelión.org/izquierda.htm>; Castro, Nils: "Las izquierdas latinoamericanas: observaciones a una trayectoria", en revista Rebelión. La izquierda a debate <http://www.rebelión.org/laizquierdaadebate/230903.html>; Talía Fung: "La Revolución Cubana ¿Fuente alternativa para una ciencia política tercermundista?", en *Marx Ahora* # 8. La Habana, 1999; Marta Hamecker: *La izquierda en el umbral del siglo XXI. Haciendo posible lo imposible*. Ediciones colombiana Desde Abajo - Difundir, 1998; Carlos Oddone: *Cuba: la revolución y después*. Un



---

*análisis del período (1959 – 2000) desde las relaciones internacionales*. Argentina, Universidad Nacional, 2001.

<sup>15</sup> Véase Néstor Kohan: *Marx en su tercer mundo. Hacia un socialismo no colonizado*. La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2003.

<sup>16</sup> Véase Yohanka León Del Río: “La izquierda ante el derrumbe del socialismo real”, en *Despojado de todo fetiche*. Universidad INNCC de Colombia y Universidad de Las Villas, 1999; Eduardo Monte: *La izquierda en la encrucijada*. México, Ediciones Socialismo, 1992; Guillermo Zamora: *La caída de la hoz y el martillo. Descubriendo las entrañas del socialismo. Futuro del proyecto socialista*. México, Editorial EDAMEX, 1994; Ralph Miliband: *Socialismo para una época de escépticos*. Editorial siglo XXI, 1997; Robin Blackburn (compilador): *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*. México, Ed Cambio siglo XXI Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional Autónoma de México, 1994; Julio Godio: *El peregrinaje del socialismo en el siglo XXI de Marx a Yeltsin*. Buenos Aires, Ed. El Cielo por asalto, 1994; Pablo Guadarrama: *América Latina: marxismo y postmodernidad*; Camilo Valqui Cachi: *La filosofía de la praxis en México ante el derrumbe del socialismo eurosoviético*. Tesis en opción al grado científico de Doctor en Ciencias Filosóficas, Universidad de Las Villas, 2000.

<sup>17</sup> Rubén Drí Retruco: “Debate sobre el poder en el movimiento popular”, en Revista electrónica Rebelión. La izquierda a debate, 22 de noviembre del 2002 en <http://www.rebellion.org/izquierda/dri/221102.htm>

<sup>18</sup> Atilio Borón: Poder, contrapoder y antipoder. Notas sobre un extravío teórico político en el pensamiento crítico contemporáneo. Ponencia presentada al V Encuentro Internacional de Economistas sobre globalización y problemas del desarrollo. La Habana, 12 – 14 febrero de 2003.

<sup>19</sup> Véase Vladimir Ilich Lenin: “El Estado y la Revolución”, en *Obras Escogidas* en 3 tomos, tomo 2 , p. 743.

<sup>20</sup> Véase Antonio Gramsci: “Estados y partidos”, en *Pequeña antología política*. Barcelona, Libros de confrontación. Filosofía 5, 1974, p 65 – 69.

---